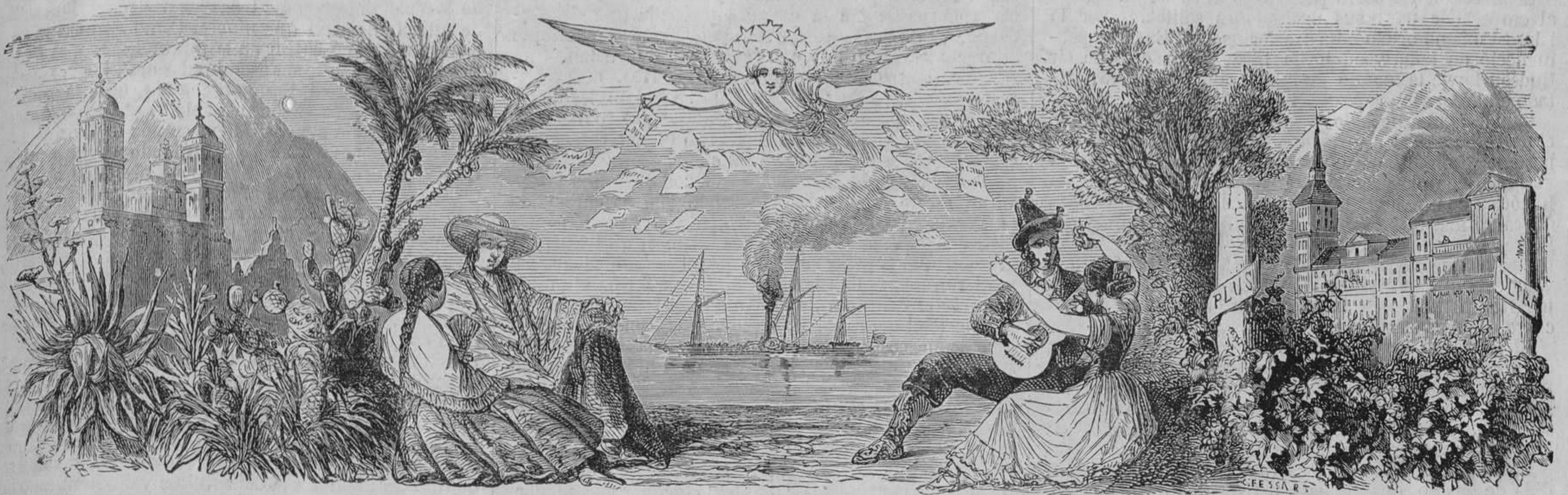


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 17. — N° 307.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO

Carro fúnebre del emperador Napoleón; grabado. — Alarcón. — Revista de París. — El emperador de Rusia y el príncipe Jerónimo Napoleón en el palacio de Juan Sobieski; grabados. — Cacerías en las islas del Rin en 1858; grabados. — La feria de las vanidades. — La strada del Porto en Nápoles; grabado. — Carta al señor don Gregorio Cruzada Villaamil — Romance. — La literatura popular en Inglaterra. — Ceremonia de la instalación de la magistratura; grabado. — La Lonja del carbón en Londres; grabado. — La reina sin nombre. — Revista de la moda. — Bakel (Senegal); grabado. — La Bretaña; grabado. — Inauguración de la estatua del rey Grallon; grabado.

## Carro fúnebre del emperador Napoleón.

El museo de los Soberanos existente en el Louvre posee muchas reliquias de Napoleón, recuerdos relativos á fases muy diversas de su vida; pero las mas interesantes son las que se refieren al cautiverio de Santa Elena. Puede decirse que los mas brillantes de esos despojos no son mas que una letra muerta. La imaginación ayudada por la historia, se forma de esa gran época una idea mas maravillosa, que la que despiertan los pálidos restos de una magnificencia que no está ya en las condiciones del gusto moderno. No sucede lo mismo con los

objetos mas humildes que identifican en cierto modo las miserias y los dolores del destierro. Menos conmueven las insignias del poder imperial, que los vestidos ordinarios del grande hombre. En los escaparates del museo se conserva un sombrero redondo, sin forma ya, usado, y cuyas alas están remendadas toscamente con aguja, que cubrió en Longwood la cabeza soberana del emperador; este sombrero inspira mas que la diadema y otros accesorios del esplendor imperial; avergonzaria á un hombre decente de nuestro tiempo, y nos impregna de una conmiseración profunda por aquel emperador que al fin de su vida escribía sus Memorias.



CARRO FÚNEBRE DE LAS EXEQÜIAS DE NAPOLEON I EN SANTA ELENA, REGALADO A LA FRANCIA POR LA INGLATERRA.



Pero hé aquí un postrer recuerdo de Napoleon; el carro fúnebre que llevó sus despojos mortales á su última morada. Esa reliquia preciosa conservada mucho tiempo en el depósito de Woolwich en Inglaterra, ha sido sacada últimamente y regalada á la nacion francesa por la reina Victoria.

El armazon del carro perteneció al coche que sirvió al emperador para sus excursiones solitarias por la isla. El mismo ordenó esa trasformacion. El carro permaneció en Longwood hasta 1828, época en que sir Hudson Lowe le mandó á Inglaterra donde fué depositado en Woolwich como ya hemos dicho.

Habiendo manifestado el gobierno francés á la reina el deseo de entrar en posesion de todos los objetos que pertenecieron á Napoleon durante su cautiverio, la reina quiso complacer á la Francia enviando la reliquia histórica de que hablamos. Desgraciadamente no queda del carro mas que el tren, la plataforma sostenida por los resortes sobre la cual descansó el féretro y los cuatro palos que sostenian el dosel y los paños... Los que visitaban el depósito de Woolwich se fueron llevando por fragmentos toda la colgadura para poseer un recuerdo del emperador.

El gobierno inglés deplorando estas dilapidaciones dió órdenes para que el carro se cubriera de nuevo, restauracion que se hizo con el mayor cuidado, segun las indicaciones exactas de un antiguo cochero de sir Hudson Lowe en Santa Elena, y del mismo tapicero que trabajó en el ornato primitivo del carro.

En su estado presente el carro es magnífico. Está tendido de hermoso paño negro artísticamente dispuesto, y con franja de seda negra. Las cuatro puntas están levantadas con gusto y adornadas con plumas de avestruz.

Se ignora aun el destino que se dará á tan interesante monumento. Sin embargo, nos parece que su puesto está marcado en los Inválidos cerca de la misma tumba del emperador, donde será un recuerdo elocuente.

El carro llegó el 4 del actual al Havre, en el buque de la marina inglesa *Virago*.

El general sir John Burgoyne, encargado por su gobierno para traer este carro á Francia, ha sido recibido, al desembarcar, por un edecan del ministro de la Guerra.

El día 5, S. A. I. el príncipe Napoleon y el ministro de la Guerra fueron á la una de la tarde, de órden del emperador, al cuartel imperial de los Inválidos para recibir el carro fúnebre, que habia llegado la noche anterior á Paris por el ferro-carril, y habia sido colocado en el patio de honor de dicho edificio, delante del pórtico de la iglesia.

A la llegada del príncipe Napoleon, S. A. I. y el ministro de la Guerra fueron recibidos á la entrada del cuartel por el general de division conde de Ornano, gobernador, rodeado de su estado mayor; se adelantaron por medio de dos filas de soldados inválidos y se colocaron en las gradas de la iglesia.

El general sir John Burgoyne, seguido de sus ayudantes de campo, dirigiéndose al príncipe, se expresó en los términos siguientes:

«S. M. la reina de Inglaterra, deseosa de ofrecer á S. M. Imperial una reliquia que sabe es interesante para la Francia, me ha encargado que traiga aquí y lo ponga á la disposicion del emperador el carro fúnebre que condujo á su primera tumba los restos mortales del ilustre fundador de la dinastía napoleónica.

» La admiracion que profeso, como soldado, al genio sublime y las hazañas de este gran guerrero ha hecho muy satisfactoria para mí la eleccion con que me ha favorecido mi graciosa soberana confiándome esta honrosa mision.»

S. A. I. respondió:

«General,

» Recibo en nombre de S. M. el emperador la preciosa reliquia que le envia S. M. la reina de Inglaterra, y la recibo como un testimonio de su deseo de borrar los dolorosos recuerdos de Santa Elena, como una prenda de la amistad que une á los dos soberanos y de la que existe entre los dos pueblos. ¡Ojalá sea duradera esta alianza para dicha de la humanidad! ¡Ojalá tenga reservados para el porvenir tan grandes resultados como los que ya ha producido! Me ha encargado el emperador que os diga, general, que ha visto con particular satisfaccion la eleccion que ha hecho de vos S. M. la reina para esta mision. Tenemos el placer de poder dar las gracias á uno de los gloriosos jefes del ejército inglés á cuyo lado hemos combatido y á quien hemos conservado tan alta estimacion.»

## ALARCON.

Si el descubrimiento de América no hubiese traído al mundo mas ventajitas que la de que un hijo inmortal de aquel virgen suelo, el sublime autor de *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa* viniese desde el fondo de sus selvas seculares á imprimir al teatro el sello de su genio filosófico, todavía tendria la Europa mas que suficiente motivo para estar obligada á nuestra España por haber lanzado á la mar sus caravelas en busca de la region incógnita; todavía deberia elevar estatuas al marino genovés por haber soñado en Catay; todavía el precio de las joyas de Isabel la Católica habria producido cuantiosísimo rédito para la humanidad.

La alborada del teatro español, el mas grande y magnífico de cuantos nacion alguna tiene, comenzaba á lucir en el horizonte literario. A las fuerzas del inge-

nioso Lope de Rueda y demás *maestros de hacer comedias*, á las fábulas informes de Torres Naharro, mal apreciadas y peor conocidas, sucedian las galanas y poéticas creaciones del fenix de los ingenios, las tiernas á la par que picarescas comedias de Tirso de Molina, los robustos dramas de don Guillen de Castro, el autor de *Las mocedades del Cid*, que traducido al francés dió á la Francia su *Corneille* y á la escena europea la tragedia moderna, y las obras de otros cien poetas que aun mas que entonces se miran hoy con respeto y admiracion.

Nunca teatro en el mundo fué mas rico, mas poderoso, mas lleno de preciosas galas. Los laureles de los trovadores españoles y de los autores del romancero, magnífica epopeya que en el orbe no tiene rival, reverdecian como por encanto en las sienas de nuestros poetas dramáticos, de esos poetas que con un genio y una voluntad, que apenas se comprende que hayan podido existir, hacian crecer y desarrollarse en pocos años un teatro cuya cuna mecieron ellos mismos, un teatro tan grande, que á pesar del sello de nacionalidad que no pudieron menos de imprimirle, y que forma sin duda su carácter distintivo, se esparcia por toda Europa con la velocidad del rayo, y que todas las naciones, por lejano de sus costumbres y de sus creencias que estuviesen, se apresuraban á admitir como á hijo, como si en su suelo hubiese visto su luz primera.

El inagotable raudal de poesia que aquellas imaginaciones frescas, lozanas y vírgenes brotaban en cada instante, el romanesco mundo de amor que crearon, parecian destinados á avasallar para siempre el teatro. Nada podia concebirse de mas bello, de mas encantador, de mas sublime. El teatro romántico parecia haber llegado á su apogeo; y si algun erudito sacaba á relucir el clasicismo griego y romano, las comedias y tragedias de los antiguos quedaban inmediatamente escondidas bajo la nube de flores que el moderno drama arrojaba sobre ellas. Nuestros galanos novelistas dramáticos, que esto y no otra cosa eran, sin necesidad de vencer á un enemigo que no se presentaba, eran los reyes absolutos de la escena; y la poderosa monarquía española, cuyo predominio político y guerrero comenzaba á vacilar bajo el imperio de los Felipes, debía á sus inspirados poetas un predominio mas sólido y verdadero que el que dan las armas y las notas diplomáticas, el predominio de los corazones.

Nunca poetas fueron mas aplaudidos y admirados. Descendientes por línea recta de los autores del romancero, como ellos ansiosos de gloria y popularidad, mas ingeniosos y sensibles que pensadores, escribiendo para una sociedad llena de creencias y de fantasia, sociedad que se balanceaba entre el crepúsculo matutino de la edad moderna y el vespertino de la edad media, mas que á la razon se dirigian, acaso por instinto, á la imaginacion y al sentimiento. Los tiempos en que Moreto habia de decir

Pues toda la poesia  
¿Qué es sino filosofia?

parecian separados por una eternidad de los que rápidamente vamos recorriendo. Los amores, las empresas caballerescas, los lances extraordinarios, las creencias por absurdas que fueran, todo lo que por fantástico, por poético ó por extravagante podia halagar á imaginaciones acaloradas ó á pechos ansiosos de emociones nuevas: hé aquí el fundamento de todas sus obras. Aquella generacion á quien el movimiento que la mano de Dios ha impreso á las sociedades, impulsaba hácia adelante, pesados de lanzarse al mundo positivo, que no sin otros encantos, ante sus ojos veia, ó fatigada del viaje, se sentaba en la frontera de la edad media para aspirar con delicia infinita las últimas ráfagas de viento que impregnadas de su misterioso perfume exhalaba la edad media en su larga y dolorosa agonía.

El triunfo de Cervantes no se anunciaba aun mas que por una ligera escaramuza. *El Ingenioso Hidalgo* que con sus grotescas aventuras habia de matar mas adelante el espíritu caballeresco, no era entonces sino un tipo vulgar, un retrato, aunque caricaturado, de la mayor parte de los caballeros de la época. El *Quijote* solo significaba, valiéndonos de un dicho célebre, un libro de caballería mas. Los que se reian de las aventuras del Hidalgo manchego, estaban muy distantes de creer que se reian de si mismos, de su época tan admirablemente parodiada por el Manco inmortal, de todo en fin lo que les rodeaba ó tenia relacion con ellos.

En época semejante no podia exigirse al autor dramático, que por otra parte no tenia inconveniente en confesar por boca de Lope que escribia para el vulgo porque lo pagaba y era justo, que hiciera lugar en el teatro al desarrollo de grandes pensamientos sociales. Un galan caballeresco, una dama bella, discreta y enamorada, un criado astuto, cobarde y decididor, un anciano noble y sencillo y una criada parlanchina, traviesa y desenvuelta, hé aquí los únicos caracteres, que salva alguna ligerísima excepcion, se hallan en aquel inmenso cuanto riquísimo repertorio. Un enredo de amores ó una accion heroica, presentada sin embargo en la forma ya universalmente aceptada, hé aquí el eterno asunto de todas aquellas obras, que sin embargo son originalísimas y en un todo desemejantes unas de las otras. Para acabar, y esto explica el rápido desarrollo de nuestro teatro: la poesia nacional primitiva cambió de repente de forma; el romance lírico se convirtió en romance dramático, sin perder nada de su belleza ni de su carácter eminentemente español. Nuestros cuentos, nuestras supersticiones, nuestras crónicas añejas, nuestros héroes históricos ó tradicionales, la España poética entera se trasladó al teatro reasumiendo en él toda su

literatura, con leves excepciones como antes la habia absorbido el romancero. Por eso nuestra patria no tuvo al principio mas que romances, por eso despues no ha tenido mas que comedias.

Esto es, á nuestro juicio, el teatro antiguo español propiamente dicho: no el primer rayo del sol naciente de una civilizacion nueva, sino el último destello, grande y esplendoroso como todas las postreras llamaradas, de una civilizacion que muere. Como aquella generacion se resistia á entrar en la nueva senda que la Providencia abria ante sus asombrados ojos, Lope, resumen de nuestro teatro antiguo, luchando como la sociedad en que vive por sostener el espíritu poético y caballeresco de aquella sociedad, lleva su haz de leña á la hoguera del fuego sagrado, y triunfando por el pronto de Cervantes, que acaso sin saberlo, pretende apagarla, consigue sostenerla algun tiempo; y cuando por fin el impulso es tan violento que nada es bastante á resistirlo, la leña que ha alimentado el fuego queda, á pesar de que la llama desaparece casi por entero, para seguir lanzando, aun en pleno siglo decimonono, resplandecientes chispas que brillan de vez en cuando, porque hay cosas que Dios no quiere que sucedan, y una de ellas es que España, la nacion de las tradiciones y de la poesia meridional, deje de tener algo de lo que tuvo. Un español lleva siempre algo de otro español, aun cuando entre ellos medien veinte siglos.

Pero hablando de nuestro hermoso y desgraciado pais, nos olvidamos del objeto principal á que van encaminados estos renglones, y eso que pocas veces sale de nuestra memoria la del sublime y desventurado don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, el filósofo dramático que no vacilamos en llamar príncipe de los poetas españoles, sin que esto signifique que no creamos digno al gran Calderon de empuñar el cetro que una multitud de generaciones prosternadas ante su inmenso genio han colocado en sus manos.

Poco mas de un siglo despues que las caravelas de Cristóbal Colon partieron para cruzar el Atlántico en busca de un mundo desconocido, una galera española partiendo de la tierra conquistada por Hernan Cortés, donde aun estaban frescos los recuerdos de Motezuma y Guatimozin, caminaba á toda vela hácia la madre patria por el sendero que á través de las hondas bravias dejó marcado el genio del piloto genovés.

Si los pensamientos tuvieran peso como las cosas materiales, y á medida de su magnitud fueran graves, la galera española no hubiera llegado nunca á la deliciosa Cádiz ni á la risueña Sanlúcar: el fondo de la mar la sepultara no bien saliera de Vera-Cruz, que á bordo de ella venia Alarcon.

Si Alarcon hubiera sido un poeta de la naturaleza, quizás nunca Europa supiera su existencia. Para cantar á Dios y á la creacion, para cantar las flores y los pájaros, los torrentes y las selvas, el mar y los volcanes, todo en fin cuanto de grande y espléndido presenta á los ojos del hombre el mundo en su estado primitivo, mas que la cansada tierra europea le hubiera inspirado el suelo virgen de América. Entre España decrepita y Méjico lleno de vida no era dudosa la eleccion. Alarcon no habria venido á Europa nunca, y sus cantos divinos se hubieran perdido entre el yago y majestuoso concierto que aquellos bosques, no pisados aun por planta de hombre civilizado, elevaban cumpliendo su misterioso destino al Dios que los crió.

Pero, afortunadamente para nosotros, ya que no para él, el autor de *Todo es ventura* era el poeta del corazón, el filósofo poético por excelencia; y la voz de su destino á la que hombre alguno puede resistir le gritó: «Vuela á Europa, y estudia las sociedades, y disecciona el escarpelo de tu inteligencia los corazones, y escribe lo que veas, y déjasete para que aprendan los que vengau tras de ti;» y Alarcon obedeció aquella voz, y dejando el suelo en que se meció su cuna y donde acaso estaba la tumba de su madre, vino á Europa y estudió las sociedades, y diseccionó con el escarpelo de su inteligencia los corazones, y escribió cuanto sus ojos de linca descubrieron, y nos lo dejó para que aprendiéramos los que detrás de él hemos venido.

En cambio del rico presente que la *Nueva España* envió á la España vieja hace dos siglos y medio, hoy la madre, ansiosa de satisfacer su deuda, envia á la hija otro presente no menos rico. Zorrilla, el moderno Calderon, canta en Méjico *La flor de los recuerdos*, y entona al compás de la guitarra andaluza que robó á los moros de Granada, dulces serenatas á las hijas de las españolas. Las revueltas olas del seno mejicano envian entre los bramidos del Atlántico la siempre grata armonía de los cantares de nuestro trovador vagamundo con todo el misterioso encanto de una música nocturna.

La deuda está pagada, que hemos mandado á nuestros hermanos de allende los mares lo mejor que tenemos. Dios haga que su canto, sofocado por el bullicio de París salga de su boca libre, salvaje y sonoro en esa hermosa tierra de Heredia, de Plácido y de Echevarría. Si mi voz llega hasta ti, oh poeta, aunque mi nombre te será desconocido, que perteneciente á la nueva generacion literaria solo hace tres años que se lo dijeron al público desde el tablado de un teatro, no desdeñes mi saludo.

Desde el momento en que Alarcon puso el pié en tierra española, puede decirse que empezó á alborazar una literatura nueva; el teatro moderno, síntesis de la literatura de esta época.

El gran poeta, como todos los genios, no siguió el



rumbo que el público de entonces le trazaba. Con la idea mas alta, adivinando el espíritu de los futuros siglos, con la vista en el porvenir, desdeñando una gloria pasajera de que puede gozar la mas diminuta mediana, con tal que aprenda el arte de adular los caprichos de sus contemporáneos, lanzóse con planta segura y voluntad de hierro en el camino que de antemano se había trazado.

Traía al mundo una mision reformadora, y como todos los primeros apóstoles de una doctrina sana y benéfica, solo alcanzó por premio á sus afanes la palma del martirio.

Comprendiendo que el teatro era algo mas que un entretenimiento, y que el poeta dramático podía y debía ser un sacerdote de las costumbres, hizo de la escena púlpito á la vez que cátedra; y una vez en ella colocado, tuvo el valor suficiente para echar en cara con voz entera á los mismos que lo habian de escuchar, sus vicios y sus virtudes.

Al teatro solo se iba por diversion: nuestro gran poeta adivinó que podía irse por enseñanza y acaso por arrepentimiento, por un consejo saludable, por una leccion en cabeza agena que apartase á muchos de un mal camino.

Al reinado de la fantasía y del sentimiento queria añadir, y acaso adelantar, el reinado de la razon; queria que los versos no fuesen solo discretas y lozanas descripciones ó sentidas quejas, sino lecciones de moral, máximas que aprendidas sin sentir, viniesen un dia á formar reglas de conducta para los espectadores; queria en fin que la comedia se escribiese por algo y para algo, que fuera el ejemplo práctico de una verdad útil, y que todas y cada una de las situaciones condujesen á este resultado; queria en fin lo que mucho tiempo despues se ha proclamado como condicion indispensable para que sea buena una obra dramática, y queria que todo esto se hiciera conservando al teatro todas las galas de que los poetas sus antecesores lo habian adornado.

La revolucion teatral que en su mente revolvia era completa: el teatro de la edad moderna sustituyendo al de la edad media, transformaba por completo la faz del mundo escénico.

Esta idea desenvuelta por un solo hombre, que tenia que luchar con los poetas mas grandes y fecundos que ha tenido España, era una empresa loca y temeraria que solo podia emprender un creyente ó un desesperado.

Si el sublime jorobado se hubiera hallado en el último de estos casos, tiempo era de guerra, y nunca en tiempos tales falta una pelota de plomo que acabe dignamente con un caballero, dado caso de que en Madrid no hubiera, que sí habia, una espada desnuda detrás de cada esquina, y un santo al lado de la espada, que podía servir á la vez para alumbrar con su farolillo el combate, y para que á él se encomendasen á la hora de morir el que forzaba el paso atrevido ó el que valiente tenia cerrado á todos el de la calle.

¡Era mucha córte aquella del buen rey Felipe, de grata memoria, para esto de danzas de dagas y de espadas!

No, Alarcon no estaba desesperado, puesto que murió en la cama. Era un creyente.

LUIS DE EGUILAZ.

## Revista de Paris.

Vamos á empezar nuestra crónica semanal con la narracion de un acontecimiento bien triste. El señor conde de Chauvaillles, teniente coronel retirado, habia llegado hacia un mes á su habitacion de Mornas en el departamento de Vaucluse. A los pocos dias se declaró en su espíritu una exaltacion religiosa extraordinaria con todo el carácter de una locura, tanto mas peligrosa cuanto que el coronel tiene un genio violento é irascible.

Su señora con un valor admirable trató de dominar sola á su marido; pero al cabo se decidió á prevenir á su madre política la condesa de Chauvaillles que habita el palacio de Chambonas en el Ardeche, y al general conde de Salles, hermano de madre del coronel. Ambos llegaron á Mornas inmediatamente, y se obtuvo del enfermo que saldria á la otra mañana para Paris; la madre se separó de la familia á las seis de la tarde.

Por la noche á eso de las ocho salieron un momento la señora del coronel y el general.

El coronel que se habia quedado rezando en su cuarto, se levantó de repente, y como no viera á su lado á su mujer, comenzó á gritar diciendo que se la habian arrebatado; recorrió la casa en un estado de delirio espantoso, tomó en la biblioteca un revolver de seis tiros, y descargó uno de ellos contra la cocinera á quien hirió en un pié; habia bajado á la puerta de su casa que estaba abierta, y desde allí hizo un segundo disparo que solo ocasionó una confusion á un hombre que pasaba lejos. Al ruido acudieron su señora y el general. Viendo este el estado de su hermano, se precipitó sobre él para desarmarle y lucharon juntos. En la refriega el coronel pudo soltar su mano armada, y disparó otro tiro contra el desgraciado general que cayó herido mortalmente.

Entonces habia llegado gente, y por fin pudieron apoderarse del insensato que fué llevado al siguiente dia á una casa de locos.

Desde el primer dia se vió que la herida del general era terrible; y con efecto, á pesar de todos los cuidados que se

prodigaron al herido, no se pudo evitar su muerte, que sobrevino á los cuatro dias.

El general de Salles, ex-diputado en tiempo de Luis Felipe, senador y uno de los vice-secretarios del Senado, habia mandado en jefe la primera division del ejército de Crimea.

En Paris la pérdida de este valiente general ha producido la sensacion mas dolorosa.

Como deciamos á nuestros lectores hace dos semanas, los parisienses que vuelven de sus expediciones de verano traen cada cual su coleccion de historias para hacer su entrada en los salones. Como de costumbre, los que han estado en Italia se quejan de los bandoleros apostados en los caminos para los fines consiguientes. Dicen que los habitantes de Bolonia han dirigido una súplica al gobierno pontificio para que los liberte de esa plaga terrible, añadiendo que las cosas han llegado á tal punto, que por ciertos caminos el servicio de las diligencias se halla como suspendido, porque los viajeros no se atreven á salir de las poblaciones.

Cuenta un parisiense que se presentó este verano en el despacho de diligencias de Florencia á Bolonia, en la plaza de Santa Trinitá.

— ¿Tiene Vd. asientos de berlina? preguntó al empleado.  
— ¿Para cuándo?  
— Para mañana.  
— Sí señor.  
— ¿Cuántos son Vds.?  
— Somos dos.  
— Entonces, si Vd. gusta, pagando dos asientos tendrán Vds. los seis del interior.  
— ¿Tan pocos viajeros hay?  
— Casi ninguno.  
— ¿Y cómo es eso?  
— ¡Ay señor! no sé cómo decirselo á Vd... es por los ladrones.

— ¿Tanto peligro existe en ese camino?  
— Sí señor; pero lo que es mañana no hay cuidado.

Y volviéndose hácia un mozo, el empleado de la casa de diligencias preguntó:

— ¿Qué dia robaron la diligencia?  
— Antes de ayer, respondió al mozo.  
— Entonces puede Vd. viajar con seguridad. Siempre media un intervalo de tres ó cuatro dias entre cada robo, de manera que sin inconveniente alguno puedo dar á Vd. los asientos.

Inútil es añadir que el narrador de esta aventura sale garante de su autenticidad; — no hacemos nosotros otro tanto.

El gobierno francés al instituir la condecoracion de la medalla de Santa Elena para todos los antiguos militares que figuraron en el ejército del primer Imperio, prohibió severamente que los agraciados lleven la cinta sin medalla.

No obstante, hay muchos que olvidan la prohibicion, y otros que no piensan en ella. Hé aquí lo que le sucedió el juéves último á un empleado anciano que solo llevaba la cinta en el ojal del paletó.

Salía de su oficina y pasaba por una calle solitaria, cuando se llegó á él un caballero de unos cuarenta años, vestido de negro, condecorado con la Legion de Honor, sin guantes y con un baston grueso bajo el brazo.

— Caballero, dijo el desconocido, tenga Vd. la bondad de decirme su nombre y las señas de su casa.

— ¿Y porqué?  
— Porque tiene Vd. que comparecer ante el tribunal.  
— ¡Yo! Está Vd. soñando.  
— No, señor; tiene Vd. que ser juzgado por haber faltado á lo prevenido.

— Pero ¿en qué he faltado yo? exclamó el pobre hombre cortado y confuso.

— Sabe Vd. que está prohibido llevar la cinta de Santa Elena sin medalla, y en esa falta ha incurrido Vd., falta gravísima.

— Muy bien; mas ¿quién es Vd.?  
— Soy un agente de la autoridad encargado de reprimir ese abuso.

El empleado se deshace en súplicas y en protestas; dice que ignoraba las prescripciones del decreto, y promete conformarse con el reglamento en lo sucesivo.

En esto aparece un segundo personaje, sin duda un agente tambien, pues conoce al primero.

— Vamos, dice este, ayudadme á llevar á este señor á casa del comisario.

— Antes, dice el recién llegado, seria preciso averiguar si este caballero está de buena fe, en cuyo caso no debemos mostrarnos tan rigrosos.

— ¡Ay! amigo mio, somos pobres y no podemos ser indulgentes. El gobierno nos da 15 francos por cada falta de esta naturaleza que señalamos; yo tengo familia, y soltar al señor es quitarla el pan de la boca.

— Si no es mas que eso, exclama el empleado, pronto podrá arreglarse todo. Yo indemnizaré á Vds. de la pérdida que su indulgencia conmigo les ocasionaria... Tomen Vds. cuarenta francos.

— No puede ser, contestó el primer agente.

— Porque Vd. no quiere.

— No es eso; es que si lo supieran yo me quedaria sin destino.

— ¿Y cómo se ha de saber? exclamó el segundo agente; no seamos tan severos, tanto mas cuanto que nada nos cuesta. Este caballero no nos denunciará.

— ¡Oh! no, seguramente, exclamó el empleado.

En suma, los agentes cedieron, el empleado dió los cuarenta francos, y se retiró felicitándose de haber salido del apuro á tan poca costa; sin embargo, se quitó la cinta, y se prometió no volverla á sacar sin la medalla.

Ahora bien, los agentes son dos rateros que han cometido

ya en Paris varias estafas de esa clase, y que sin duda no tardarán en caer en manos de agentes mas auténticos.

Un periódico del Havre cuenta una anecdotilla muy curiosa. Un comerciante de aquella ciudad tiene entre sus clientes un rey africano, del negro mas lustroso que ha podido verse.

Este monarca ha tenido un capricho. Habiendo oido hablar sin duda de la famosa banda de música de los guias, resolvió saber por experiencia lo que era esa música militar. Con este fin hizo un pedido á su corresponsal del Havre, quien se dirigió á M. Sax, el inventor de los famosos instrumentos de cobre que se conocen en todo el mundo.

M. Sax mandó los instrumentos al Havre, y de aquí salieron para el pais de los negros.

El monarca reunió su córte, y públicamente y con muchas ceremonias distribuyó los instrumentos entre los principales personajes. A este le tocó la trompeta, al otro la corneta de llaves, etc.; cada cual fué dotado segun el antojo del rey, no con arreglo á sus estudios previos, y como al instante se pusieron todos á soplar en sus instrumentos desafortadamente, hubo de oirse allí un ruido sin nombre, una cencerrada espantosa.

El monarca, aunque no era inteligente, encontró aquella música detestable; para esto bastaba no ser sordo. Mandó cesar la sinfonia, y poseido de la mayor indignacion escribió una carta injuriosa al comerciante.

Este se apresuró á transmitir la queja á M. Sax, que sorprendido extraordinariamente, respondió diciendo que los instrumentos entregados eran de buena calidad y estaban fabricados con esmero.

El comerciante no sabia qué pensar ni qué hacer; por fin se le ocurrió una idea, y escribió al rey negro:

«¿Hay músicos en esa córte?»

El rey mas encolerizado que antes contestó:

«¡Bonita idea! Si yo tuviera músicos en mi córte, no necesitaria sus servicios de Vd. Yo habia pedido una música que tocara sola.»

El comerciante expuso respetuosamente á S. M. que los instrumentos no servian de nada sin instrumentistas, y ahora espera que de un momento á otro el monarca africano le haga un pedido de músicos.

MARIANO URRABIETA.

## El emperador de Rusia y el príncipe Jerónimo Napoleon

EN EL PALACIO DE JUAN SOBIESKI.

Cuando el emperador Alejandro pasó á Varsovia, manifestó el deseo de visitar el dominio de Willanow, residencia favorita del rey Juan Sobieski, perteneciente hoy á la condesa Potocki.

Este deseo se cumplió el 29 de setiembre último, dia designado por el mismo emperador.

Este palacio célebre por muchos conceptos, que ha recibido á muchos monarcas y á muchos príncipes, acaba de añadir una gloria mas á todas sus glorias pasadas. Un ilustre visitante cuyo nombre pertenece tambien á los grandes recuerdos históricos de la Polonia, S. A. I. el príncipe Napoleon, aceptó el convite del conde Potocki y acompañó allí al emperador Alejandro.

La recepcion fué brillantísima.

La historia de Sobieski hace de Willanow uno de esos lugares notables cuya crónica está viva todavía; de ese lugar salió impelido por un ardor caballeresco para emprender la memorable campaña de 1683, terminada gloriosamente por la libertad de Viena sitiada por los otomanos.

Bajos relieves que representan los altos hechos de esa campaña, escudos dorados con las armas de la familia, estatuas alegóricas, mosaicos enviados por el papa Inocencio XI, adornan las fachadas de ese magnífico palacio donde Sobieski exhaló el último suspiro en 1696. Diríase que la gran sombra del héroe ha preservado su residencia favorita de las devastaciones de todo género que la infortunada Polonia ha sufrido desde hace cerca de un siglo. Por dentro el visitante ve todavía el aposento del rey en perfecto estado de conservacion, adornado con colgaduras y muebles antiguos y con los numerosos retratos de la familia real, principalmente los de la hermosa María de Arquin, la esposa adorada del rey.

Augusto II que estableció allí su residencia, añadió algunas construcciones, de las cuales la mas notable es un vasto salon destinado á sus suntuosas orgías. Allí se sirvió en los últimos dias el espléndido festin que los dueños del castillo ofrecieron á sus augustos huéspedes. La mesa en forma de herradura con ochenta cubiertos, estaba adornada con un servicio de plata sobredorada y de porcelana antigua de Sevres, riquezas transmitidas de generacion en generacion en la antigua familia de los condes Potocki.

El festin habia sido precedido de dos cacerías en los dominios del conde; la primera en Natolin, deliciosa casa de campo rodeada de un parque, donde cayeron á miles los faisanes á los tiros multiplicados de los cazadores. Despues del almuerzo pasaron á otro parque donde abundaba la caza mayor, que sufrió la misma suerte.

A eso de las cinco tomaron el camino del castillo, donde la condesa esperaba á sus ilustres huéspedes, que todos hallaron aposentos preparados donde reemplazaron sus trajes de caza con brillantes uniformes para tomar asiento á la mesa del banquete.

Atravesaron la hermosa galeria de cuadros enrique-

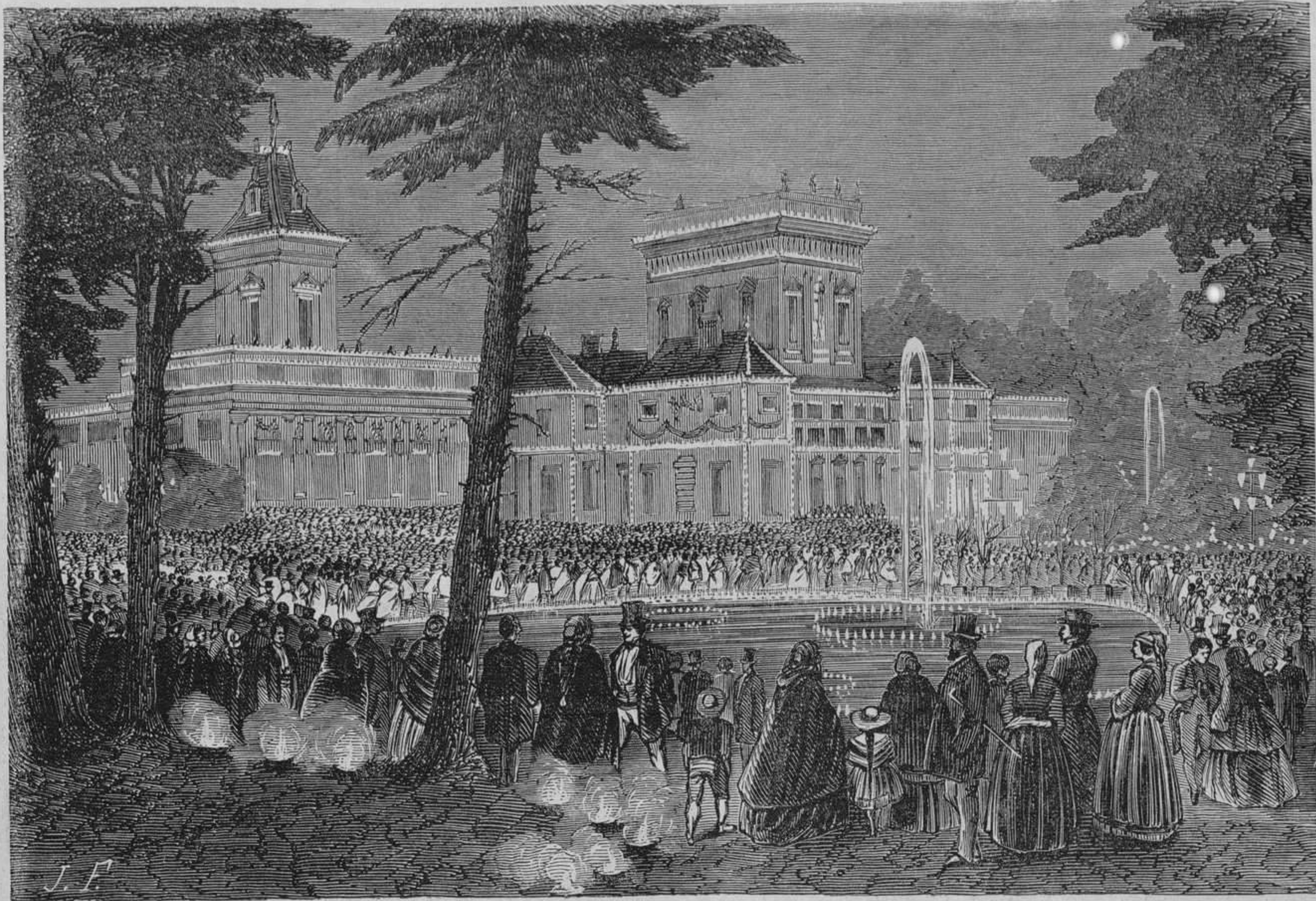


cida con las obras maestras que reunió allí el conde Estanislao Potocki, abuelo del conde actual, hombre muy notable tambien por su gran saber y por su afición á las artes, senador y ministro de Instrucción pública.

Pasando por los aposentos del rey Juan la brillante sociedad llegó al gran salon de Augusto II adornado con los retratos de cuerpo entero de los reyes de Polonia.

Mientras se admiraba en el interior el brillante espectáculo del festin donde la hermosura de las señoras justificaba la antigua reputación de las polacas, llamaba la atención de todos los convidados la hospitalidad afectuosa del dueño de la casa y la amabilidad de la condesa.

Concluida la comida, las puertas abiertas con estrépito dieron acceso á una galería, donde la vista descubre los jardines, el parque, las islas y el Vístula ricamente iluminados con luces de Bengala de diferentes colores; el parque producía un efecto mágico. Bajo esa luz esplendente, los árboles plantados por la mano del gran rey tomaban proporciones gigantescas. En los céspedes una fiesta popular reunía en grupos animados las danzas y los trajes pintorescos de aquellas comarcas. En toda la extensión de los terrados y de los jardines la muchedumbre que habia acudido de la ca-



ILUMINACION DEL CAS TILLO DE WILLANOW, CERCA DE VARSOVIA, PARA LA RECEPCION DEL EMPERADOR DE RUSIA Y DEL PRÍNCIPE NAPOLEON.

pital, asistia con toda libertad á tan bello espectáculo.

El emperador, dando el brazo á la condesa, bajó con ella al jardin seguido de toda la sociedad, á fin de ver de cerca las danzas de los aldeanos y los detalles de la fiesta. Despues de haber admirado un rato ese hermoso cuadro, el emperador y el principe Napoleon que habian sido objeto de las atenciones mas delicadas, se despidieron de los dueños del castillo, y este recobró en breve su aspecto sereno y majestuoso.

al aposento en donde el rey Sobieski exhaló el último suspiro. El papa Pio IX la dotará de privilegios particulares en memoria de los méritos del defensor de la cristiandad; ya uno de sus predecesores escribió al vencedor de los turcos: «Hubo un hombre enviado de Dios que se llamaba Juan;» palabras que desde el tiempo del Evangelio solo han sido empleadas dos veces, una con relacion al héroe de Lepanto, y otra en recuerdo del salvador de Viena. P.

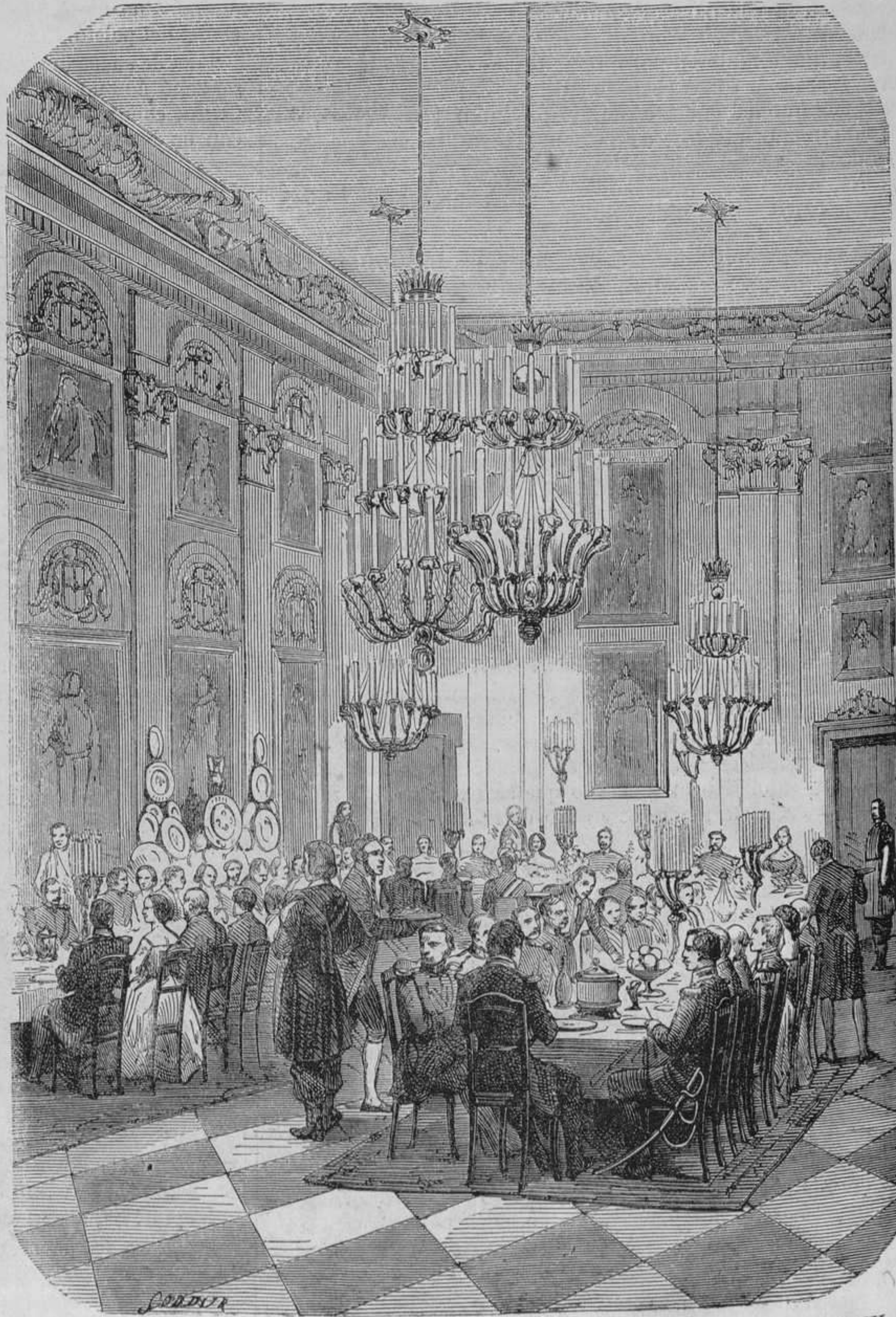
Con esta gran visita, el libro de oro donde se inscriben los nombres de las personas que entran en el castillo, se halló enriquecido con las firmas de los ilustres viajeros. El principe Napoleon, heredero del nombre mas grande de la época moderna, escribió el suyo.

En tiempos antiguos Willanow fué visitado ya por personajes no menos históricos. Pedro el Grande, Pablo I bajo el nombre de conde del Norte, Alejandro I, así como su hermano Nicolás, el rey de Prusia y su esposa, dejaron allí el recuerdo de su visita. Cuando Luis XVIII desterrado de Francia fué á pedir un asilo al clima severo de la Curlandia, recibió tambien allí una hospitalidad afectuosa.

En el dia los dueños, ocupados siempre en embellecer esa residencia real, quieren transformar en capilla



PICNIC EN LOS BOSQUES DE NATOLIN.



BANQUETE EN EL COMEDOR DE AUGUSTO II, EN EL CASTILLO DE WILLANOW.



Cacerías en las islas del Rhin en 1858.

El Rhin, caprichoso como una mujer bonita, ha cambiado muchas veces de cauce introduciéndose en las tierras de sus vecinos. En todo su trayecto entre Basilea y Maguncia se encuentran una porción de arroyos o cauces que ha lanzado por todas partes, y que llaman los brazos del Rhin. Estos riachuelos, después de haber recorrido la llanura, van á reunirse con el gran río, formando islas que tienen á veces algunos kilómetros cuadrados de superficie. Algunas no son más que unos simples bancos de guijarros, pero otras presentan un aspecto variado y pintoresco: riberas escarpadas, playas de arena menuda, cauces seculares en bonitas praderas, montes de encinas y de abetos y campos cultivados en los



CACERIAS EN LAS ISLAS DEL RHIN. — LA GARZA.

puntos nadando no pueden alcanzar las inundaciones. Los plantíos de sauces dominan, porque ellos ofrecen la materia necesaria para los diques que se ejecutan, pues desde hace veinte años se llevan á cabo obras inmensas para poner coto á los destrozos que hace el río. El Rhin parece no hacer caso, acepta los obstáculos que le oponen, aparenta estar vencido; pero á veces, cuando la savia de la primavera corre por sus venas, se despierta de súbito, rompe sus lazos, repite sus avenidas, arranca los árboles seculares y destroza terrenos inmensos. En las islas del Rhin hay caza de todo género. El faisán abunda en ellas, sobre todo en otoño, cuando el agua escasea en los grandes bosques de la llanura. El corzo



PASO DE UN VADO EN LAS ISLAS DEL RHIN.



es aficionado á las plazoletas que encuentra allí, y el jabali tiene tambien en esos sitios sus mejores cubiles. La liebre busca en las islas la quietud que falta en los cantones de la ribera, y la perdiz las debe un asilo casi inviolable, cuando la llanura está cubierta de asesinos.

Por todos estos conceptos las islas del Rhin ofrecen un terreno muy favorable á los cazadores, si bien tropiezan con una gran dificultad, cual es la multitud de arroyuelos que hay que atravesar en los días de batida. Esos arroyuelos tienen una corriente rápida y profunda, y se hallan entrecortados de raíces de árboles salientes. No es fácil atravesar esos arroyos, y muy á menudo se ha debido renunciar á una caza espléndida.

Este invierno las aguas han estado muy bajas. La desolacion reinaba en todos los molinos del contorno, pero los cazadores han aprovechado la ocasion para explorar las islas del Rhin. Se han podido pasar á pié enjuto, ó por lo menos vadear todos los brazos del Rhin, y la caza ha pagado cara esa penuria acuática.

Uno de nuestros dibujos representa un episodio de las cacerías de este invierno.

Una docena de cazadores y de guardas atravesaban uno de esos riachuelos en las islas del Rhin. Los cazadores que llevan botas altas, pasan el vado; los otros son llevados á hombros: la escena está animada por los perros que pasan y vuelven á pasar cien veces, y sacuden el agua sobre sus amos.

Todo esto parece una expedicion guerrera. La columna avanza, brillan las escopetas, se nota el olor de la pólvora, se oye silbar el plomo y el enemigo corre, pero no siempre se salva. M. E.

## LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

— Y yo, señora, ¿no tengo tambien un marido en el ejército?

Y echó á llorar amargamente. Amelia se arrojó en sus brazos y lloraron juntas.

Repetidas veces durante el día Isidoro recorrió la ciudad en busca de noticias. Todos los belgas se mostraban adictos á la causa del emperador, y le veían ya vencedor y la campaña terminada. Hasta se anunciaba la exterminacion del enemigo.

Todos estos rumores esparcidos por la ciudad eran repetidos á M. Sedley con una exactitud minuciosa.

— El duque de Wellington ha sido derrotado; el rey de Francia se embarca hoy en Ostende; el duque de Berri ha caído prisionero. Los que quieren salvar el pellejo que se apresuren á marchar cuanto antes; mañana será ya tarde para huir.

José acababa de levantarse de la mesa, y aunque estas noticias quebrantaban un poco su confianza, no le alarmaban demasiado.

— Mi sombrero y seguidme, exclamó; quiero juzgar por mí mismo de la verdad de todos esos rumores.

Mistress Rawdon entraba en aquel instante; iba á visitar á Amelia. Como habia hallado abierta la puerta, no habia tenido que llamar.

Rebeca no estaba ni menos bonita ni menos elegante que de costumbre. El descanso que habia disfrutado desde la marcha de Rawdon la habia devuelto toda su frescura; daba gusto ver sus mejillas sonrosadas y risueñas en medio de los rostros pálidos é inquietos que se hallaban á cada paso en la ciudad.

Cuando vió á José no pudo menos de reirse.

— ¿Os vais con el ejército? le preguntó; ¿quién se quedará pues en Bruselas para protegernos á nosotras débiles mujeres?

Nuestro seductor se puso encarnado, trató de excusarse con Rebeca, y la preguntó cómo habia soportado el cansancio del baile y los sucesos de aquella mañana.

— Os agradezco vuestro interés, respondió estrechando una de las manos de José entre las suyas. Me consuela veros con tanta serenidad y sangre fría cuando todos los demás parecen trastornados; ¿y nuestra pobre Amelia? ¿Cuán terrible habrá sido para ella la separacion!

— Muy dolorosa, dijo José.

— Los hombres sois de piedra; las separaciones, los peligros, nada os conmueve. Os vais con el ejército, ¿no es verdad? ¿quereis abandonarnos á nuestra triste suerte? Lo adiviné, tenia de ello como un presentimiento. La idea de que ibais á dejarnos me trastornó... y lo pensé, porque muy á menudo me acuerdo de vos cuando estoy sola... ¡por eso he venido á suplicaros que no nos abandonéis!

Hé aquí de qué modo se podian traducir estas palabras:

«En el caso en que el ejército sufra una derrota y tenga yo que tocar retirada, vuestro coche me servirá á las mil maravillas para el caso.»

— Me viene á buscar cuando me necesita, decia José; piensa en mí cuando ninguna otra persona ocupa su mente.

Sin embargo, le envanecía mucho la opinion que parecia tener Rebeca sobre su valor. Sonrojándose de nuevo, dijo con aire de importancia:

— Ciertamente no me disgustaria asistir á una batalla en regla; todo hombre en mi lugar abrigaria igual deseo.

— Nada, está visto, los hombres lo sacrifican todo á

un placer, continuó Rebeca. El capitán Crawley me dejó esta mañana tan alegre como si fuera de caza; ¿qué le importaban, qué os importan á vos las angustias y las torturas de la mujer que abandonais? Vengo mi querido Sedley, vengo á buscar en vos refugio y consuelo. He pasado una mañana de lágrimas y de oraciones temiendo los peligros que amenazan á nuestros maridos, á vuestras tropas, á nuestros aliados; y al venir aquí con la esperanza de encontrar asilo y proteccion cerca del único amigo que me queda para defenderme en medio de esas escenas de sangre, no me prometia veros marchar, amigo mio.

— ¡Ah! señora, respondió José olvidando sus antiguos rencores; no debeis atormentaros así; digo únicamente que habria deseado verlo. Es un lenguaje que todo inglés usaria en mi lugar, pero mi deber me encadena aquí al lado de mi hermana.

Y al mismo tiempo señalaba con el dedo la puerta del cuarto de Amelia.

— ¡Qué buen hermano! dijo Rebeca pasándose por los ojos el pañuelo perfumado con agua de Colonia, cuán injusta he sido con vos, cuando os acusaba de falta de corazon.

— Sí, os juro, exclamó José llevándose la mano sobre el órgano en cuestion, que habeis sido injusta conmigo, muy injusta.

— Seria preciso que estuviera ciega para negar vuestra fidelidad y vuestro afecto á vuestra hermana; pero hace dos años, bien me acuerdo, conmigo estuvisteis muy infame.

Y Rebeca despues de haber fijado un instante sus ojos en él, se dirigió á la ventana.

José se puso encarnado como un tomate. El órgano de que, segun Rebeca, carecia, comenzó á saltar desafortunadamente. Se acordó de su marcha repentina, de su passion, de sus paseos en coche, del bolsillo de seda verde, del tiempo en que contemplaba extasiado la blancura de sus brazos y el brillo de sus ojos.

— Sé que me creiais ingrata, repuso Rebeca.

Y dejando la ventana comenzó á mirarle de nuevo; luego continuó con una voz conmovida y trémula:

— Y vuestra frialdad, vuestras miradas desdeñosas, todo en vuestras maneras cuando nos hemos visto últimamente, me ha probado mas y mas vuestra indiferencia y vuestro olvido. Y era yo, por el contrario, la que tenia motivos para evitar vuestra presencia. Buscad en vuestro corazon la respuesta á esta pregunta. Las únicas palabras un poco duras que me haya dirigido hasta hoy el capitán Crawley, á vos las debo... ¡Ay! ¡qué herida abrian de nuevo en mi corazon!

— ¡Justo cielo! decia José en un trasporte de alegría y de inquietud; ¿qué he hecho... para... para...

— ¡Ah! creedlo, exclamó Rebeca, ¡desgraciado del que está celoso!... ¡cosa terrible los celos!... mucho he sufrido por causa vuestra... Sin embargo, á despecho del pasado, mi corazon es suyo, bien sabeis que soy inocente, M. Sedley.

La sangre de José corria en sus venas, y devoraba con los ojos aquella víctima que habia concluido por sufrir el hechizo de su persona. Algunas palabras de doble sentido y algunas ojeadas tiernas volvieron á encender en un instante sus ardores aletargados, y le hicieron rechazar toda duda y toda sospecha.

— En caso de derrota, dijo Rebeca para sí, mi retirada está asegurada; puedo contar con el puesto de honor en su coche.

Nadie puede calcular á qué amorosos trasportes, á qué declaraciones ardientes se habia dejado arrastrar José en el desorden de sus sentidos si en aquel momento no hubiese entrado Isidoro. José, dispuesto á dar rienda suelta á sus tiernas confesiones, estuvo á punto de sofocarse con la emocion que debió comprimir; Rebeca juzgó que ya lo mejor que podia hacer era visitar á su amiga.

— Hasta la vista, dijo á José saludándole con la mano, y luego llamó suavemente á la puerta de mistress Osborne.

Cuando cerraba la puerta, José caía sobre su sillón del modo mas trágico; sus suspiros parecian el resoplido de los fuelles de una fragua.

A la vista de Rebeca, Amelia se estremeció y retrocedió dos pasos. Se acordó de lo que habia pasado la víspera. Bajo el peso de sus terribles preocupaciones, lo habia olvidado ya; habia olvidado á Rebeca, sus celos y todo lo demás en presencia de la marcha y de los peligros que iba á correr su marido. Nosotros no hemos querido turbar el misterio de sus lágrimas y de su dolor hasta el momento en que aquella coqueta infernal abrió la puerta de su aposento.

Amelia sintió desde luego una repulsion instintiva ante aquella mirada suspicaz y brillante, ante aquel lujoso prendido que parecia desafiar á la ansiedad general, y ante aquellos brazos tendidos hácia ella para protestar de una amistad engañosa. Despues una justa cólera se apoderó de su corazon, y la sangre subió á su rostro antes tan pálido como la muerte; devolvió á Rebeca una mirada fija y glacial, y su rival se detuvo sorprendida y casi turbada.

Pero este momento de confusion fué rápido, y dando un paso hácia su víctima, la dijo:

— Mi querida Amelia, parece que estais indispueta; ¿qué tenéis, amiga mia?

Amelia retrocedió de nuevo; por la primera vez de su vida su alma confiada y sincera se negaba á creer en una demostracion afectuosa. Al retroceder, un temblor corrió por todo su cuerpo.

— ¡Vos aquí, Rebeca! la dijo con una frialdad severa y digna.

Y su mirada despertó alguna inquietud en el ánimo de Rebeca.

— Le ha visto poner la carta en el ramillete, dijo para sí; vamos, querida Amelia, añadió en alta voz y bajando los ojos, serenaos, vengo á ver si puedo... si estais mejor...

— ¿Y vos, repuso Amelia, cómo estais? Sin duda muy bien, pues no amais á vuestro marido. En otro caso no estariais aquí... ¡Ah! Rebeca, sois para mí la fuente de padecimientos muy amargos; sin embargo, ¿no he sido siempre para vos una amiga tierna y afectuosa?

— Es verdad, Amelia, respondió la otra mujer sin levantar la frente.

— Cuando estábais en la desgracia, ¿no me porté yo como una hermana? ¿No os abrí los brazos cuando no teniais parientes ni amigos? Y cuando todos esos recuerdos debian haberos inspirado al menos el respeto de mi felicidad, habeis venido á turbarla, habeis sembrado la discordia donde Dios estableció la union para robarme el corazon de mi marido. ¿Pensais amarle nunca con un amor tan verdadero, tan puro como el mio? Su amor era todo para mí en este mundo, y sabiéndolo habeis querido arrebatármelo... Avergonzaos, Rebeca, alma infame y depravada... Avergonzaos, alma falaz, esposa infiel.

— Amelia, Dios sabe que en nada he faltado á mi marido.

— ¡Ah! Rebeca, interrogad vuestra conciencia, y ved si os dirá lo mismo en lo que me concierne. Si no habeis salido con vuestro propósito, no ha sido culpa vuestra.

— Lo ignora todo, pensó Rebeca serenándose.

— No sé qué voz secreta decia á mi corazon que podria sustraerse de vuestros lazos, de vuestras infamias, y que volveria á mí. Estaba segura de la generosidad de su corazon, tenia fe en su amor y su amor me ha sido devuelto.

La pobre jóven pronunció estas palabras con una efusion de que Rebeca no la habria creído nunca capaz, y que paralizó la respuesta en sus labios. Amelia prosiguió con una voz conmovida:

— ¿Os he hecho algun daño para que querais arrebatarme el hombre á quien yo amo? Se ha casado conmigo hace mes y medio; al menos por pudor habrais debido respetar los primeros días de nuestro matrimonio, y parece que por el contrario os habeis apresurado á turbar y á romper mi felicidad... Y ahora venis sin duda á gozar del espectáculo de mi afliccion... ¡Ah! ¡quince días de los dolores mas crueles habrian debido evitarme este postrer insulto!

— Pero ¡Dios mio! exclamó Rebeca; y luego acabó su frase del modo mas torpe; ¿me han visto jamás poner aquí los pies?

— Jamás, es cierto; pero con vuestras seducciones habeis sacado á mi marido de su interior... ¿Venis á llevármelo ahora?... Ya no está aquí, está lejos... en ese sofá estuvo sentado, ahí hemos pronunciado nuestras últimas palabras... Yo estaba sobre sus rodillas, mi cabeza inclinada sobre la suya, y así hemos orado juntos y elevado juntos nuestros corazones hácia el cielo. Sí, ahí estaba y me le han arrebatado... pero volverá; me lo ha prometido.

— Volverá, querida Amelia, dijo Rebeca presa de una emocion involuntaria.

— Mirad, decia Amelia, este es su cinturón; ¿no es de un color bonito?

Y al mismo tiempo le llevaba á sus labios y le cubria de besos; luego le rodeaba á su talle, y al cabo permaneció así un largo rato, inmóvil como una estatua de mármol. No pensaba ya ni en su ira ni en sus celos ni en la presencia de su rival. Por último medio risueña fué á besar la almohada en que habia descansado la noche anterior la cabeza de Jorge.

Rebeca salió del aposento sin proferir una palabra.

— ¿Cómo se encuentra Amelia? preguntó José sin moverse del sillón en que estaba sentado.

— Me parece que no está bien, contestó Rebeca; seria preciso que tuviera á su lado una persona que la cuidara.

Y dicho esto salió con mucha seriedad, á pesar de las vivas instancias de José para que se quedara á comer con ellos.

Al dejar á Amelia mistress Crawley se encontró con la mayor O'Doow, que se hallaba trastornada con los sucesos del día. Poco acostumbrada á muestras de urbanidad por parte de mistress Rawdon, se sorprendió al ver que se llegaba á ella. Rebeca la dijo que la pobre Amelia se encontraba en el peor estado, que la pena la habia trastornado el juicio, y que en fin mistress O'Doow debia ir á consolarla.

— Bastante tengo con mi propia afliccion, dijo mistress O'Doow con mucha gravedad, y la pobre Amelia no debe estar para visitas; sin embargo, estando tan mala como decís, y ya que no podeis acompañarla á pesar de toda la amistad que pretendéis tenerla, voy á ver si me necesita.

Y saludando la dama del turbante se alejó de Rebeca cuya compañía no le agradaba sobremanera.

Rebeca con una sonrisa en los labios se detuvo para ver cómo se alejaba mistress O'Doow, que se dirigió con paso rápido hácia la casa de Amelia.

La pobre jóven se hallaba todavía en el mismo sitio en que Rebeca la habia dejado; estaba de pié y turbada por el dolor que sentia. La mujer del mayor, mas firme y mas enérgica, trató de consolar á su amiga.

— Vamos, valor, Amelia, la dijo con dulzura; que no os encuentre mala cuando vuelva despues de la vic-



toria. No sois la única que en el día tiene encomendada su suerte al Todopoderoso.

— ¡Ay! exclamó Amelia, me han abandonado la fuerza y el valor.

Conocía su estado; sin embargo, la presencia de una persona mas enérgica la dió un poco de espíritu, y se contuvo con el temor de que su amiga notara su extravío.

El tiempo que aquellas dos mujeres pasaron juntas, sus corazones estuvieron con el regimiento. Temores, plegarias y votos, tal es la parte de las mujeres en la guerra. — La guerra cobra su tributo sobre entrambos sexos; á los hombres les pide su sangre y sus lágrimas á las mujeres.

A las dos y media ocurrió un suceso de alta importancia para José; se trataba de la comida. La muerte podía estar á pocas leguas haciendo su cosecha terrible; José no entendía de eso. Fué á suplicar á Amelia que tomara alguna cosa, y con ese fin recurrió á toda su elocuencia culinaria.

— Venid, la dijo, la sopa está exquisita. Vamos, Amelia, un poco de valor.

Y la besó la mano.

Muchos años hacia, si se exceptúa el día de la boda, que no la había prodigado semejante muestra de ternura.

— Muchas gracias, José, le contestó; pero deseo no salir de mi cuarto.

El olorillo de la sopa producía siempre un buen efecto en mistress O'Doow, que se ofreció á acompañar á José. Entrambos se sentaron á la mesa.

— Demos gracias á Dios porque nos ha dado este caldo riquísimo, dijo con solemnidad la mujer del mayor.

Y pensaba en su digno esposo cabalgando entonces á la cabeza de sus valientes.

— ¡Qué mal comerán hoy los pobres muchachos! añadió con un suspiro; y luego despachó el contenido de su plato con una resignación muy filosófica.

El valor de José crecía en proporción de lo que iba comiendo. A los postres para brindar á la salud del regimiento, pidió una copa de champaña.

— Vamos, mistress O'Doow, dijo haciendo un saludo muy amable; Isidoro, llenad la copa de la mayor, y brindemos á la salud del buen O'Doow y de ..

De repente Isidoro se estremeció, la mujer del mayor dejó caer su cuchillo y su tenedor, y por las ventanas que estaban abiertas se oyó á lo lejos un ruido sordo y continuo.

— ¿Qué teneis? preguntó José al criado; pronto ese vino.

— ¿No ois? exclamó Isidoro corriendo á la ventana.

— ¡Dios os proteja! gritó mistress O'Doow; son cañonazos.

Y se lanzó detrás de Isidoro á ver si distinguía alguna cosa.

En todos los balcones se veían rostros pálidos y azorados, y las calles de la ciudad estaban llenas de una muchedumbre sombría y silenciosa.

## XXXII.

## LA FUGA DE JOSÉ.

Bruselas presentaba entonces escenas de tumulto y de espanto de que apenas podríamos dar una idea. Oleadas de pueblo se precipitaban hácia la puerta de Namur situada en la dirección del ruido. El camino estaba cubierto de hombres á caballo que iban á saber noticias acerca de la suerte del enemigo. Todo el mundo preguntaba lo que había; los mas altos señores y las principales señoras de Inglaterra no tenían escrupulo en dirigir la palabra á un cualquiera.

Los partidarios de Napoleon corrian de una parte á otra en un estado de exaltación febril y vaticinaban el triunfo del emperador. Los comerciantes cerraban con precipitación sus tiendas para tomar su parte en las inquietudes de la muchedumbre y aumentar el tumulto. Las mujeres se apiñaban en las iglesias, y se arrojaban á rezar hasta en los pórticos de los templos. El ruido sordo del cañon se repetía de minuto en minuto. Carros cargados de fugitivos cruzaban la ciudad dirigiéndose hácia la barrera de Gante. Ya las predicciones del partido napoleónico tomaban la consistencia de hechos consumados.

— Ha destrozado á sus enemigos, decian; y ya viene camino de Bruselas.

— En un soplo no dejará un inglés y estará aquí esta noche, exclamaba Isidoro.

El pobre José había salido y preguntaba á todos noticias del desastre que habían sufrido sus compatriotas. A cada nuevo detalle su rostro palidecía mas, y en héroe pacífico comenzaba á ceder al pánico comun; ni el champaña podía darle ánimo. Antes de la noche se encontró en tal abatimiento, que Isidoro rebotando de júbilo se veía ya en posesión de la levita de su amo.

Después de haber escuchado un instante los tiros, la mujer del mayor se acordó de Amelia que estaba sola en su aposento, y corrió á su lado para consolarla, ó al menos participar de su pesadumbre. La buena mujer abundaba en la idea de que ella era el único apoyo que tenía ya aquella criatura.

Las dos mujeres pasaron juntas largas horas, durante las cuales la honrada irlandesa se esforzaba en calmar á su amiga.

La doncella había ido á la iglesia á rogar á Dios por su marido.

Cuando cesó el ruido de la artillería mistress O'Doow salió del cuarto de Amelia, y encontró en la otra pieza á José acompañado de dos botellas vacías; pero como hemos dicho, no habían logrado infundirle un poco de valor. Una ó dos veces se había presentado á la puerta del cuarto de su hermana, y había abierto la boca como si quisiera decir alguna cosa; pero la inmovilidad de la mujer del mayor le obligó á tocar retirada sin poder aliviar su espíritu de las ideas que le incomodaban en demasía. Pensaba en la fuga, pero no se atrevía á decirlo.

Sin embargo, cuando mistress O'Doow se llegó á él en la sala donde reinaba una media oscuridad que aumentaba su aspecto melancólico, José se aventuró á declararse á ella.

— Mistress O'Doow, la dijo, podriais comunicarme á Amelia que se disponga á partir.

— ¿Queréis sacarla á que tome el aire? preguntó la mujer del mayor; no tiene fuerzas para ello.

— Es que... he pedido mi coche... y caballos de posta. Isidoro ha ido á buscarlos.

— ¿Vais á pasearos á la claridad de la luna? repuso mistress O'Doow; en hora buena: Amelia lo que necesita es reposo, y ya está en la cama.

— Pues que se levante.

— ¿Qué decis?

— Sí, es preciso que se levante, repitió José con fuerza; he pedido caballos de posta porque hemos sido derrotados completamente y...

— ¿Y qué? preguntó mistress O'Doow.

— Yo me voy á Gante, continuó José, y todo el mundo hace lo mismo. Os ofrezco un lugar en mi coche; pero es menester que estemos en camino dentro de media hora.

La mujer del mayor le lanzó una mirada de supremo desprecio.

— Yo no me muevo mientras no haya recibido el aviso de O'Doow. Partid si gustais, pero os juro que yo me quedo aquí con Amelia.

— Pues yo quiero que venga conmigo, gritó José fuera de sí.

Mistress O'Doow, poniéndose la mano en la cadera, le cortó el paso.

— Sois un buen hermano, le dijo; pero habreis de marcharos solo á donde os lleva el miedo. Buen viaje; os aconsejo que os afeiteis los bigotes, no sea que os veais comprometido.

— ¡Mil rayos!... aulló José dominado á la vez por el temor, la rabia y el despecho.

En esto llegó Isidoro.

— No hay un caballo en toda la ciudad, decia el lacayo furioso.

Hasta el último cuadrúpedo estaba embargado ó vendido, pues no era José el único que oía las inspiraciones del miedo.

Sin embargo, los terrores de José tan crueles ya y tan agudos debían llegar dentro de poco á sus últimos límites. La doncella Paulina, como hemos dicho ya, tenía á su marido en las filas del ejército enviado contra Napoleon. Ese hombre, natural de Bruselas, servía en los húsares belgas. Sus conciudadanos se señalaron en aquella memorable lucha por una cosa distinta del valor, y el jóven Régulo Van Castum, marido de Paulina, conocía demasiado bien los deberes del soldado para no obedecer á la órden de retirada dada por su coronel.

El jóven Régulo, llamado así porque su padrino fué un descamisado, se había casado con Paulina, y pasaba todos los ratos que estaba ocioso en la cocina de su mujer, donde se daba buena vida. Cuando tuvo que marchar con el regimiento, la sensible Paulina derramando un torrente de lágrimas le había atestado los bolsillos de comestibles.

Para él y su regimiento la campaña no duró mucho. Formaba parte del destacamento mandado por el príncipe de Orange. Ney, que se adelantó á las avanzadas del enemigo, tomó sucesivamente sus posiciones. Todo parecía ya perdido para los aliados cuando la division inglesa desembocando en los Cuatro Brazos cambió el aspecto de la lucha. Los escuadrones entre los cuales se encontraba Régulo habían mostrado un ardor admirable en huir ante los franceses. En un soplo el regimiento había dejado de existir. Así fué que Régulo se encontró galopando solo á muchas millas del lugar de la acción; ¿qué otro refugio podía buscar en tal apuro que la cocina de su esposa?

A eso de las diez se oyó en la casa que habitaban los Osborne el ruido de un sable por la escalera. Paulina estuvo á punto de desmayarse de terror cuando á su vuelta de la iglesia se encontró con su marido pálido como un espectro.

Sin embargo, despues de haberse asegurado de que su héroe no era un fantasma, le sacó cerveza y los restos de una comida que José apenas había tocado en el exceso de sus terrores. Entre cada bocado el húsar hacia á su mujer la descripción de su derrota.

Su regimiento había hecho prodigios de valor, y un instante había sostenido él solo el empuje de todo el ejército francés; pero al cabo había tenido que sucumbir ante la fuerza numérica. Todo el ejército inglés estaba destrozado, todos los regimientos habían sido destruidos sucesivamente.

Régulo solo deseaba una cosa, y era ahogar con cerveza aquella derrota terrible.

Isidoro, que había estado en la cocina, se apresuró á comunicarle las nuevas á su amo.

— Todo está concluido, le dijo; el duque de Wellington prisionero, el duque de Brunswick muerto, el ejército inglés destrozado... Un solo hombre ha podido es-

capar al degüello, y está en la cocina; venid, y os lo contará todo.

José corrió á la cocina y halló á Régulo ocupado en vaciar botellas. Al instante le pidió que le contara lo ocurrido; y la narración se aumentaba con detalles mas y mas lúgubres á cada nueva edición que de ella daba Régulo.

Había visto muerto al duque de Brunswick, á los húsares corriendo y á los escoceses hechos añicos por el cañon.

José preguntó por el regimiento de nuestros héroes.

— No quedan ni vestigios de él, respondió el húsar con la mayor sangre fria.

A estas palabras Paulina experimentó una crisis nerviosa, y el ruido de sus gritos y sollozos se oyó en toda la casa.

— ¡Oh! ¡mi querida señora! exclamaba por intervalos.

Extraviado por el terror José Sedley no sabia en qué rincón del mundo debía guarecerse para salvarse.

De la cocina se precipitó á la sala y miró la puerta de Amelia con angustia; pero en breve acordándose de los desdenes de mistress O'Doow prestó el oido un momento, y tomando una decision enérgica resolvió salir á la calle.

Apoderándose de una luz con todo el valor de la desesperación se puso á buscar su sombrero galoneado que acabó por hallar en el puesto donde estaba siempre.

Al ver en el espejo su palidez se sintió desfallecer; pero sobre todo llamaron su atención sus bigotes; hacia cerca de dos meses que estaban creciendo, y ya estaban á punto de inspirarle mucha inquietud en tan crítica circunstancia.

— Me van á tomar por un militar, se dijo recordando la advertencia de Isidoro y las amenazas de degüello proferidas contra todo el ejército inglés.

Subió con precipitación á su cuarto y tiró del cordón de la campanilla.

Entró Isidoro. José estaba ya en la silla sin corbata, con la cabeza inclinada atrás y las dos manos en torno del cuello por debajo de la barba.

— Córtaime esto, Isidoro, al instante.

Isidoro pensó un momento que su amo, atacado de un acceso de enagenación mental, le decia que le cortara el pescuezo.

— ¡Los bigotes!... ¡los bigotes!... exclamaba.

Un minuto despues los bigotes habían desaparecido. Despues de esta operación, Isidoro se puso loco de contento cuando oyó á su amo que le concedía todos sus derechos de propiedad sobre el sombrero y la casaca de uniforme, objetos tan codiciados.

— No llevaré mas el uniforme... tomadle.

Despues de este acto de generosidad, José sacó del armario un frac y un chaleco negros, una corbata blanca y un castor de ala muy ancha que le parecia á él muy pequeña. Con este traje se asemejaba á un robusto ministro de la iglesia reformada.

— Venid ahora, le dijo, y seguidme.

Y bajó la escalera de puntillas como para no despertar á nadie, y se encontró en la calle.

Régulo había dicho que él era el único de su regimiento, quizá de todo el ejército aliado, que había escapado al degüello general. Sin embargo, muchas de las supuestas víctimas con el uniforme militar entraban ya por todas partes en Bruselas, repitiendo á porfía que habían cedido á la fuerza numérica, y acreditando así la derrota de los aliados.

De un momento á otro se esperaba la entrada de los franceses; el terror había llegado al colmo, y cada cual se preparaba á marchar lo mas pronto posible.

— ¡Y no hay caballos! pensaba José con el pelo erizado de espanto.

¿Con que habria que emprender el viaje á pié? Bajo la influencia del miedo José habria encontrado alas.

(Se continuará.)

## La strada del Porto en Nápoles.

Eran las cinco de la mañana cuando llegué yo á Nápoles por primera vez; el vapor andaba todavía por el puerto cuando ya centenares de lanchas que habían venido de tierra le cercaban por todas partes como una bandada de aves de rapiña; el mar estaba alborotado, y las olas hacian que se chocaran unas con otras aquellas embarcaciones, de las que se elevaban gritos, voces y amenazas. Apenas se paró el buque, toda aquella muchedumbre que le había invadido subió al abordaje; la Vittoria, signor; hotel de Roma; Cellenza; Albergo di Russia; la Speranzella; Camere con mobiglie; Croce di Malta, y en breve me hallé con las manos llenas de tarjetas que aquellos emisarios de todos los hoteles, posadas y casas de huéspedes de Nápoles repartían entre los viajeros.

Durante aquel bullicio, Petruccio, con un sombrero de payaso, daba saltos, hacia gestos y aullaba la Carolina acompañándose con la pandereta, y al compás de dos instrumentistas que rascaban á porfía las cuerdas de su violín y de su guitarra; á su lado tres campesinos soplaban en sus zampoñas de un modo bien cruel para los oidos del prójimo.

Al ruido de esa música se añadía el que hacían los pasajeros y los hombres de la tripulación, y dominaba



todo el estrépito el mugido prolongado de la máquina y el silbido estridente y continuo que produce el vapor cuando se escapa. Seguramente no había yo creído que las voces humanas pudieran alcanzar una intensidad de sonidos discordantes tan formidable; pero poco á poco aquel tumulto se calmó, cada uno de aquellos piratas pacíficos recogió los viajeros que pudo en el asalto, y el buque silencioso ya se quedó abandonado como un mueble inútil.

Algunas formalidades de policía me retuvieron á bordo, y esperando con paciencia pude contemplar á todo mi sabor el maravilloso cuadro que tenia á la vista. Descansando en el fondo de su golfo, desde el Pausilippo hasta Portici, escalonado sobre sus colinas desde Castel Nuovo, donde sus piés se bañan en el mar, hasta Capodimonte que le domina, Nápoles es sin duda la ciudad mas elegante y majestuosa que hay en el mundo. Algunos oponen una rival á esa reina del Mediterráneo, y es Constantinopla, que extiende sobre las cuevas de Estambul y de Galata, y sobre las márgenes elevadas del Cuerno de Oro y del Bósforo, sus numerosas mezquitas de donde se lanzan á centenares los minaretes del Muezzim, sus miles de casas de madera de todos colores abrigadas por sus jardines de cipreses y algarrobos; — para esos la ciudad bizantina tiene un aspecto mas imponente y mas original.

Sin duda es una maravilla ese Bósforo sobre el cual se desarrolla una ciudad de tres leguas de larga, Constantinopla á su izquierda, Scutari á su derecha; pero Nápoles extiende tambien sobre un espacio de mas de dos leguas su *Maregelina*, su *Chiaja*, su *Spiaggia della marinella*, abiertas por el mar; su golfo que cierran *Ischia*, *Procida* y *Nisida* por una parte, y por la otra *Castellamare*, *Sorrento* y *Capri*, y ve elevarse en el fondo de ese incomparable panorama las líneas onduladas del Vesuvio y las dos crestas humeantes del volcán.

Una vez libre, desembarqué; eran las doce, y como el vapor debía partir para Malta inmediatamente, solo medieron hasta las cuatro; poco tiempo era para recorrer la ciudad. En cuanto puse el pié en el estribo de un cabriolé, el cochero lanzó su caballo al galope por las anchas losas blancas de los muelles y de las calles. Yo no tenia objeto; mi cochero me llevo pues por donde quiso, y en esa carrera impetuosa solo vi de Nápoles un torbellino de casas que lucian ante mis ojos; solo oí el ruido que se elevaba de sus muelles y de sus calles atestadas de gente; por sus gritos, por sus ademanes extravagantes, por el ruido que metian en las plazas, hué de figurarme que me hallaba en un pueblo de locos, y que alguna tarántula habia picado á toda aquella muchedumbre. Estaba como atontado con aquel estrépito, y cuando tres horas despues, mi calesino me volvió al punto de donde sali, tuve que embarcarme inmediatamente.

Salimos; Nápoles desapareció en breve detrás de Capri, y yo conservaré eternamente en mi memoria el ruido espantoso que oí aquel día: toda aquella muchedumbre de cosas se habia confundido en mi cabeza, y habia visto Nápoles como se ve una decoracion fantástica de ópera, como el cuadro tumultuoso de un drama.

seunte que le examina entregado á las ocupaciones mas intimas del hogar doméstico. Toda esa poblacion está en movimiento, grita y chillá; toda esa canalla cubierta de harapos suporta su pobreza inmunda con el mayor estoicismo; se extiende al sol en los muelles, en las strade y en las vicali. En toda esa poblacion do-

imponente el lazzarone, que vive en las calles de Nápoles como el lagarto en las paredes al calor del sol; tiene pocos abuelos ilustres, y su nobleza no le incomoda en sus hábitos; la dignidad teatral p. rde aquí sin duda, pero la alegría de las calles y de las plazas se aumenta considerablemente.

les se presenta y se explica por uno solo de sus barrios, uno de los mas populosos de la ciudad: primero vemos el puesto de un vendedor de *frutti di mare*, cuya mercancía apetitosa se presenta en una mesa en plano inclinado sobre unos canastillos guarnecidos de musgo; son las ostras de Fusaro, el *canolichio*, la *truffe* en su

con sus dedos al salir del perol del macaronari. — *Alici*, *alici*, gritan los pescadores reunidos de todos los puntos de la ribera, y el pueblo y demas habitantes se apiñan en torno de esos puestos llenos de sardinitas frescas y sin escamas, que cada cual se lleva en un cucuruchu, pues el pueblo napolitano no se oculta por esto; carece de toda vanidad en este punto, y un vecino de Nápoles compra en la calle lo que se le antoja, y va con la cesta al mercado; si tiene hambre, no se volverá para ir á comer *pane di Spagna* ó *mustaccioli* en casa de Barbatí ó de Schweizer; se para en la primera tienda de *ravioli* que encuentra, y si tiene sed, no tarda mucho en dirigirse al *acquajolo*.

Nada mas brillante que esos puestos de agua: sobre cuatro columnas doradas se eleva una especie de dosel adornado de follaje y de banerolas de todos colores; bajo ese baldaquino de cobre está representada la *Madona*, rodeada de las imágenes de los santos y con el *Bambino* en sus brazos; montones enormes de limones y naranjas de Nocera, de *mandarinas* de Palermo, con vasos de todas dimensiones, bocalés de cristal, utensilios de cobre, vasijas para el *acqua di Sambuco*, adornan esa tienda donde acude á beber toda la gente de la calle; — entre esas personas que se apiñan en torno de la administracion de loterías, ó que rodean á algun cantor ambulante, circula el famoso *corricolo*, con tres asientos nada mas, pero que sin embargo á veces carga con quince viajeros.

Nada falta á esa plaza de la ciudad tumultuosa, nada mas que el rey, el dios de esa muchedumbre, *Pulcinella*. Seguidme por esa ancha calle que conduce del muelle al *largo del Castello*; allí están todos los teatros desde *San Carlo* hasta el teatro del *Sebeto*, desde la Opera hasta los titeres. Allí *Pulcinella* rie y llora, gesticula y baila dos veces cada día. A poco que sepais algunas palabras de italiano, comprendereis el diálogo de los actores que le rodean; en cuanto á él, *lasciate ogni speranza*, no habia mas que el dialecto popular; tendreis que contentaros con reiros de sus gritos cómicos, de sus gritos descompasados. Es de advertir que el texto de la comedia no pone obstáculo á sus intenciones, pues improvisa sobre un plan determinado lo mismo que sus compañeros, y á decir verdad, se les ocurren de tiempo en tiempo cosas graciosas.

En no sé qué pieza de gran espectáculo *Pulcinella* entra en los infiernos, donde las almas de los mortales se hallan encerradas en una infinidad de farolillos encendidos: hé aquí el pertenece á un medico, aquella á un juez, y *Pulcinella* presenta sus observaciones.

— ¿Y esa otra? pregunta.  
— Es el alma de un pobre djablo que trabaja de día y de noche para alimentar á su familia.  
— *Dunque*, respondia tristemente *Pulcinella*, *questa dovrebbe essere l'anima d'un povero attore di San-Carolino*.



LA ESTRADA DEL PORTO EN NAPOLES.

S. OPEFROY DURAND

Diez meses despues volví á Nápoles por el camino de Roma, y pude observar de cerca aquella poblacion bulliciosa que no habia hecho mas que entrever anteriormente. Era el mismo pueblo, siempre tan agitado, siempre tan ruidoso; pueblo que vive en la calle, pues la calle es suya, le pertenece, es su dominio, en ella encuentra sus diversiones, en ella hace sus negocios, instala su tienda y su cocina sin cuidarse del tran-

mina Polichinela; este se encuentra en todas partes en un espacio de dos leguas desde la villa Reale hasta Portici, y en esas dos leguas el sol calienta con sus rayos ese populacho de Nápoles agrupado en torno de los *macaronari*, de los *meloni d'acqua* y de los tablados donde se ejecutan funciones al aire libre.  
¿Qué diferencia entre los napolitanos y sus majestuosos vecinos de Roma! Por naturaleza es muy poco

Todo el mundo anda confundido; hombres de frac negro, frailes á pié ó montados en asno, mujeres, soldados, esbirros, sin contar los presidarios en libertad que se meten prudentemente la mano en los bolsillos temiendo á los ladrones; consiste en que la vida napolitana es toda exterior, y pasa toda al aire libre.  
Tomemos por ejemplo la vista exactísima de la strada del Porto que acompaña á este artículo; todo Nápo-

concha blanca, el *vengolo*, la *patella reale*; junto á este vendedor una mujer ha puesto un hornillo de barro y está cociendo pólipos; cuidado con ese manjar preparado al aire libre que es indigesto y tiene un sabor desagradable, aunque el lazzarone le pone al nivel del macaronari.  
Todo el mundo conoce ese macaroni nacional que se fabrica y se come en el acto, y que el napolitano toma

alma de un abogado; esta pertenece á un medico, aquella á un juez, y *Pulcinella* presenta sus observaciones.  
— ¿Y esa otra? pregunta.  
— Es el alma de un pobre djablo que trabaja de día y de noche para alimentar á su familia.  
— *Dunque*, respondia tristemente *Pulcinella*, *questa dovrebbe essere l'anima d'un povero attore di San-Carolino*.



Pero el triunfo de Pulcinella estaba hace algunos años en su papel de *una familia appassionata per la bella musica del Trovatore*; así los napolitanos aplaudían con delirio á ese personaje bufo vestido á la moda inglesa, como los elegantes ridículos de la Chiaja y de la calle de Toledo, con su careta negra, y burlándose de sus compatriotas por su frenesí en aplaudir á Verdi y la música del día. L.

## CARTA

AL SEÑOR DON GREGORIO CRUZADA VILLAAMIL.

No á la orilla del agua; — pues sospecho  
Que este el origen fué de las tercianas, —  
¡Oh caro Villaamil! mi carta fecho,

Aunque sé que las musas castellanas  
Despachan el correo comúnmente  
A la márgen de un río... — y no son ranas. —

Féchola, sí, á catorce del corriente,  
En *La Vega de Pas*, y no en la vega,  
Sino en mi casa, de la vega enfrente.

Lánguido el Pas las hortalizas riega  
Que cultiva y se come á dos carrillos  
La famosa en Madrid hembra pasiega.

Viérasla aquí entre chotos y novillos,  
Arar, sembrar, coger... ¡siempre á la espalda  
El cuévano cargado de chiquillos!

O bailando en los campos de esmeralda,  
Los domingos y fiestas, la hallarias,  
Con las trenzas mas largas que la falda;

Recios los huesos, las miradas frias,  
Y rebosando del corpiño el pecho,  
Rica promesa de robustas crias.

Mas ¡ah triste ruindad! — Torpe provecho  
Buscando en el amor, franco de porte,  
Abren á estos gahnápiros el lecho;

Y sin que el hijo luego les importe,  
Anuncian *leche fresca* en el *Diario*  
A las bellas *madrastras* de la córte.

— Pero ¿adónde mi humor atrabiliario  
Me lleva ya? — Perdona, amigo mio,  
Las digresiones de mi estilo vario. —

Te hablaba de estos campos y este río,  
Do, de rocas y selvas sombreado,  
Eterna primavera es el estío.

Flores esmaltan el verdor del prado,  
Que el rudo monte con su planta oprime;  
Mécese el aire puro y regalado...

Y allá á la tarde, cuando todo g me,  
Los pájaros, el agua, el bosque, el viento,  
Alzan á Dios un cántico sublime.

Entonces ¡ay! su rayo macilento  
Manda á la tierra donde triste moras,  
La luna desde el alto firmamento...

Si amor sentiste ó desengaños lloras,  
Probado habrás la religiosa pena  
Que acude al alma en tan solemnes horas.

Aquella luz fantástica y serena,  
Reflejo es de la dicha malograda  
Que el corazón con sus memorias llena...

Pero poco te importa, y á mí nada,  
Mi antigua fe ni la hieldad que adoro...  
Con que hablemos un poco de Granada.

— Verte me finjo, del imperio moro  
La historia descifrar, que sus ruinas  
Guardan en letras de carmin y oro...

¡Aun, de Alepo y Damasco peregrinas,  
Llegan las bendiciones del Profeta  
En alas de las fieles golondrinas!...

Aun oírás en tus sueños de poeta,  
De Boabdil el patético suspiro  
Resonar en la cumbre del Veleta!

Silencioso y estático te miro  
Frente á la sierra en que rodó mi cuna,  
— De mi paterno hogar santo retiro... —

Ahí, contemplando la ciudad moruna,  
Mientras yo busco aquí la luna entera,  
Buscando estarás tú la *Media-Luna*...

Que así los dos de nuestra edad primera  
La fe empleamos y el afán de gloria  
En perseguir quimera tras quimera...

Y así en los brazos de la madre Historia,  
O de la tierra en el regazo amante,  
Sin esperanza tú, yo sin memoria,

Solos y ajenos del presente instante,  
Corremos lo futuro y lo pasado,  
Tú mirando hácia atrás, yo hácia adelante.

¡Ah! ¿porqué? — ¿Ni á la patria ni al Estado,  
— Que sinónimos fueron algun día, —  
Falta hace un hijo, un mártir ó un soldado? —

.....  
.....  
.....

¿Será que siempre nos aguarden fieros,  
Sin que salten ¡oh Dios! á la venganza  
Trémulos de la vaina los aceros?

Creyendo voy que sí... y aun se me alcanza  
Que hacemos como sabios, pues vivimos  
Yo sin memoria, tú sin esperanza.

— ¡Tambien nosotros nuestro tiempo hubimos  
De falaz ilusion... — ¿quién dijo miedo?  
¡Y acaso el mundo estremecer quisimos!

¡Con qué afición y militar denuedo  
El manejo aprendimos y los trances  
De las viejas espadas de Toledo!

¡Cuántos soñados y no habidos lances!  
¡Cuántos héroes trocados en *molinos*!  
¡Qué ocasion de epopeyas y romances!

Pasaron ¡ay! los sueños peregrinos  
De tan noble ambicion... y halló la mente  
De otra ambicion los cálculos mezquinos...

¿Qué mucho pues que en ocio indiferente,  
Los que nacimos ó temprano ó tarde,  
Seamos extraños á la edad presente?

Extraños, sí. — Ya el fuego aquel no arde  
Que arrojó al español á altas empresas...  
Flaco yace el Leon, viejo y cobarde...

Y ni ruegos, ni golpes, ni promesas  
Harán que brote la extinguida llama  
Del perdido entusiasmo en las pavesas.

¡Oh! ¡Quién nos diera de la antigua fama  
Digno un lugar, en que la estéril vida  
Rendir en feudo á *Patria*, *Dios* y *Dama*!

¡Quién el desierto de la edad perdida  
Poblar pudiera de esforzados hechos,  
Dignos de un alma á batallar nacida!

La fe, el honor, la patria, los derechos  
Del débil contra el pérfido tirano,  
Siempre animaron juveniles pechos...

¡Oh... sí!... La cruz del Héroe valenciano,  
O de JAVIER el báculo bendito,  
Empuñar: al hidalgo lusitano

Seguir cuando en el piélago infinito  
Demarcaba del Africa el lindero,  
O respondiendo al angustioso grito

De Italia ó de Polonia, allí el primero,  
Pelear y morir... ¡propio seria  
De un español cristiano y caballero!

Y si esto no es moda ya en el día,  
Fuérame igual, para llenar el hueco  
De esta existencia pálida y vacía,

Dejar el mar Mediterráneo seco,  
O subirme á las barbas del dios Marte  
Por el cañon de un telescopio sueco.

Pero ¡inútil afán! — Aun para alzarle  
De nuestro siglo á la altitud mezquina,  
Debes ir con la música á otra parte.

— Vuelve los ojos: la muralla china  
Rompen al fin los héroes de Crimea:  
En Africa el francés entra y domina;

Sangre de los cristianos, que aun humea,  
Ya lavó con la suya el agareno,  
Que lidia y muere en la final pelea:

Los rudos Andes, que corona el trueno,  
Tiemblan heridos, y los dos rivales  
Mares sin fin se buscan en su seno:

De Asia y Libia los lazos perennales  
Rotos serán tambien, que ya impaciente  
Gime la nave opresa entre arenales...

Y hoy... salvando del mar la voz rugiente...  
Bajo sus olas mil... ¡el grito humano  
Pasa del uno al otro continente! —

¡Vencido está el indómito Oceano! —  
La vela y el vapor su frente hirieron:  
Su corazón, el fuego soberano.

— Entre tanto, Cruzada, los que vieron  
Virgen aparecer ante su vista  
Aquel mundo que imbéciles perdieron,

No aspiran á mas gloria ni conquista  
Que saber — la cuestión es de importancia —  
Si el conde es moderado ó progresista.

Y no habrá ni negocio, ni ganancia,  
Ni honor, ni gloria que urja como eso:  
Que se hunda el mundo, que nos coma Francia,

Los debates del próximo congreso  
Serán — sobre qué dió mas gusto á Roma,  
Si esa *Moderacion* ó ese *Progreso*. —

¡Oh, fe del alma, mística paloma  
Que en torno de la mente del poeta  
Nubes agitas de impalpable aroma...

¿Qué restará de tí cuando te meta,  
— Pues todos á la postre nos cansamos, —  
En tu jaula á ganar una peseta?

— ¡Famoso porvenir! ¡Los que alentamos  
Tanta noble ambicion, al fin vendremos  
Siervos á ser de semejantes amos!... —

Deliremos, Gregorio, deliremos,  
Emigrando á la Historia, ó en el Arte  
Dando á nuestra pasion goces supremos... —

¡Tú, en Granada feliz! Ahí su estandarte  
Clavó la ilustre reina de Castilla  
Del moro en el hendido baluarte:

Ahí verás la primera maravilla  
De la rica oriental arquitectura:  
Ahí verás... ahí verás... (Véase ZORRILLA.)

Las de ojos negros y gentil cintura,  
Te recomiendo yo, pálidas diosas...  
(Trasposicion se llama esta figura.)

Hijas del cielo, del profeta esposas,  
Aman desde el nacer á quien las mira,  
Como desde el nacer huelen las rosas.

Poesía es el amor, — mas no mentira, —  
En ese viejo Eden, donde aun no es raro  
Antes del Sacramento ver la *Egira*:

Donde puedes pasar la noche en claro  
Recibiendo de un labio balbuciente  
Dulces promesas de tu labio avaro:

Y donde nace la española ardiente  
Que vió á sus plantas la imperial corona,  
O la que vence al vencedor de Oriente.

¡Ah! goza, triunfa, de galan hiasona,  
Admira, estudia, alégrate y olvida  
La política vil en esa zona;

Mientras que yo, juguete de la vida,  
Devorado de tedio y de pereza,  
Yazgo, como Rinaldo en los de Armida,  
En brazos de mi fiel naturaleza.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## Romance.

Cierta dama cortesana  
De las de arandela y toldo,  
De las de buen talle y pico,  
Y pícaro sobre todo,  
Picóla con sus saetas  
Amor de amores de un mozo,  
Mas que Narciso galan,  
Y mas que galan celoso.  
Gozó de ella algunos días  
Sin pechar, que no fué poco,  
Porque es la primer franqueza  
Que en sus archivos conozco.  
Cobróla el ninfo aficion,  
Y puso en su bolsa cobro;



Porque con sólo su gala  
Pensó conquistarlo todo.  
Pidióla celos un día,  
Y á vueltas del alboroto  
Algo enojado el galan  
La dió un puntapié en el rostro.  
Ella que nunca habia visto  
Semejantes terremotos  
En el cielo de su cara,  
Tocó á flüblo y conjurólos.  
Y fué la conjuración,  
Que en yéndose de allí á un poco,  
Le escribió aqueste papel,  
De que yo doy testimonio.  
Deje celosas sospechas,  
Que vive Dios, que es un tonto.  
Quien no dando todo el gusto,  
No piensa pasar por todo.  
Huélguese, pues que le dejan,  
Y juegue, pues vamos horros,  
Y aunque encuentre mil encuentros,  
No me baraje uno solo :  
Y sepa vuesa merced  
Que calzo, que visto y como  
A costa de mis costillas,  
Por ser tan flacos sus lomos;  
Y entienda que es necedad  
Pretender con sus adornos,  
No siendo el marqués del Gasto,  
Ser conde de Puñonrostro.  
Sepa que ya con las damas  
Un metal que llaman oro,  
Es el discreto, el galan,  
El gentil hombre, el gracioso.  
Por este metal que digo,  
Habla el mudo y anda el cojo,  
Alcanza el que está sin brazos,  
Y es de pluma el que es de plomo.  
Por aqueste, hábitos verdes,  
Y descendientes de godos  
Dan su lado á quien los tiene  
En campo amarillo rojos ;  
Por este amable metal  
En maridable consorcio  
De bien diferentes sangres  
He visto yo hacer mondongo.  
Por este arbola bandera  
Quien en su vida vió moro ;  
Ni sabe qué es centinela,  
Rebellin, trinchera ó foso ;  
Pues si este por quien se alcanza  
Cualquiera premio dichoso,  
Le falta á vuesa merced,  
Y yo en el mundo no sobro,  
¿Porqué se mete en honduras,  
Adonde el mar es tan hondo,  
Que suele anegarse en él  
Un hombre aunque sea de corcho ?  
Con las damas de este tiempo  
Es muy sabido el negocio,  
Que por un magno Alejandro  
Trocaran catorce Apolos.  
Pasó ya el dorado siglo  
Que Angélica con Medoro  
Se gozaban en la selva  
Pagando un amor con otro.  
Belerma muy afligida  
Hechos fuentes los dos ojos,  
Lloraba cinco ó seis años  
Sobre el corazon mohoso.  
Gastaba la gran Cleopatra  
Sus tesoros con Antonio,  
Dábase Tisbe la muerte  
Y llevábala el demonio.  
Catalina por Pascual  
Andaba catorce agostos,  
Y al fin de ellos sus amores  
Paraban en matrimonio.  
Ya está tan mudado el tiempo,  
Que aun negras de monicongo  
Se van tras el interés  
Y dan al amor de codo.  
Yo por un poco fui necia,  
Mas basta la burla un poco ;  
Busque, si encuentra, otra boba  
Con quien él sea menos bobo,

Y con ella su merced  
Sea mudo, ciego y sordo ;  
Que á todo aquesto se obliga  
Quien quiere mucho y da poco.  
Leyó el galan el papel  
Y dijo entre risa y lloro :  
Quien celos no tiene es simple,  
Y quien los pide es un loco.

ANÓNIMO.

### La literatura popular en Inglaterra.

El año pasado se fundó en Inglaterra, bajo los auspicios y con el concurso de un gran número de hombres eminentes en las ciencias y en la política, una sociedad libre, que se titula asociación nacional para el adelanto de la ciencia social. El objeto principal de esta sociedad es ofrecer un punto de reunión á todos los hombres que se ocupan de las mejoras materiales y morales que hayan de hacerse en la suerte de sus compatriotas, y de proporcionarles ocasion de ver en su conjunto y en sus relaciones mútuas las diferentes reformas que pueden influir favorablemente en la condicion de las clases populares. Hombres políticos de todas las opiniones se alisaron inmediatamente bajo la bandera de esta asociación, que cuenta entre sus miembros á lord John Russell, lord Brougham, sir John Pakington, actualmente ministro de marina; lord Stanley, ministro de las Indias, los condes de Carlisle y de Shaftesbury, lord Goderich, lord Efrington, sir James Stephen, y muchos miembros del parlamento.

La asociación está dividida en cinco secciones, que se ocupan especialmente: 1º de la jurisprudencia y de la reforma de la legislación; 2º de la educación; 3º del castigo y de la enmienda de los culpables; 4º de la higiene pública; 5º de la economía social. Cada año se reúne una especie de congreso en alguna de las ciudades de Inglaterra, y los presidentes de cada seccion dan cuenta, en sesiones públicas, de los progresos realizados desde el año precedente, y exponen las mejoras que convenga introducir. El primer congreso se reunió el año pasado en Birmingham, bajo la presidencia de lord Brougham, que ha tomado la parte mas activa en la fundacion de la sociedad. El congreso de este año está reunido ahora mismo en Liverpool, bajo la presidencia de lord John Russell, que ha reasumido, en un elocuente discurso, las cuestiones sometidas al examen de las diferentes secciones.

Una de las sesiones mas interesantes hasta hoy, ha sido una ocupada casi completamente por un discurso de lord Brougham sobre la literatura popular de Inglaterra. Este discurso ha tocado muchas cuestiones políticas importantes; pero dejaremos aparte los argumentos que lord Brougham ha hecho valer en favor de la libertad de imprenta, para atenernos á los hechos curiosos y á los datos estadísticos que el orador ha reunido.

Para comprender su importancia, es preciso recordar lo que era hace unos treinta años la situación de la librería en Inglaterra. El derecho sobre el papel, que es todavía hoy de 15 céntimos sobre libra inglesa, era entonces de 30 céntimos. El precio de los libros era excesivo; el menor dozavo se vendía de 12 á 15 francos. Las obras de Walter Scott, de Byron y de otros autores famosos, aparecían en un volumen pequeño en cuarto que se vendía á guinea, y no se tiraban mas que 400 ejemplares. Los libros eran completamente inaccesibles á las clases inferiores; otro tanto puede decirse de los periódicos, puesto que los periódicos cotidianos se vendían á 60 céntimos el número. Una gran fermentación reinaba entre las poblaciones obreras; era el tiempo de los escritos sediciosos de Cobbett, de las predicaciones de los hermanos Hunt, de los alborotos y matanzas de Manchester.

En aquella sazón apareció, dedicado á los maestros y á los obreros, un breve escrito que ha llegado hoy á su vigésimatercera edición. Lord Brougham, simple abogado entonces, exponía que la ignorancia era una de las principales causas de aquellos disturbios, que ponían en peligro la paz de Inglaterra, y que trasformaban en agentes de desorden á los mas seguros instrumentos de la prosperidad pública. A su modo de ver, era un deber imperioso para los maestros tratar de propagar la instrucción entre sus obreros, y su interés mas inmediato estaba de acuerdo con el deber.

El autor apelaba al espíritu de asociación para crear y proporcionar á las clases populares los medios de instruirse. Entonces nació la sociedad de los conocimientos útiles, que se ocupó de publicar, sobre todos los ramos de los conocimientos humanos, tratados escritos en el estilo mas claro y mas sencillo, que vendía á precio muy bajo. Muchas personas afectaron poner en ridículo estos esfuerzos y se burlaron de la ciencia á seis peniques; este era el precio de los libros de la sociedad. Mas quedaron sorprendidos al ver llamados á redactar estos libros desdeñados á los mas grandes nombres, á las mas altas reputaciones. El almirante Beaufort, jefe del servicio hidrográfico de la marina inglesa, se encargó de formar por sí mismo todas las cartas geográficas, pero puso por condicion que ninguna de sus cartas se vendiera á mas de seis peniques.

Cuando el éxito de estas publicaciones fué incontestable; cuando la sociedad, estimulada por los resultados, hubo añadido á su coleccion cierto número de obras de puro recreo, destinadas á propagar la instrucción bajo una forma agradable, se empezó á clamar que los escritores iban á arruinarse. La sociedad para desmentirlo no tuvo mas que presentar sus cuentas, de las cuales resultaba que en algunos años habia pagado cerca de 3 millones á los autores que habia empleado.

Sin embargo, los promotores de este movimiento filantrópico no estaban completamente satisfechos de su obra; las clases medias eran las que consumían sus libros; ellos hubieran querido llegar hasta las clases populares. Por aquel tiempo M. Hill, hoy presidente del tribunal de Birmingham, tuvo la idea del *Penny Magazine*. Parecía imposible dar por un penny al público ocho páginas de un texto instructivo y agradable, redactado por escritores de mérito, y tres ó cuatro grabados, algunos de los cuales costaban 1,500 francos. Esto lo realizó, sin embargo, el *Penny Magazine*, que al cabo de algunos meses contaba 220,000 suscritores y un millon de lectores. Este éxito inesperado dió por consecuencia la publicacion de la Enciclopedia á dos sous y del Almanaque de los conocimientos útiles, cuya venta sobrepujó á todas las esperanzas.

Para demostrar los dichosos efectos de estas publicaciones, lord Brougham ha citado diferentes ejemplos, entre otros el de un escultor de mérito, cuyo talento se reveló á la vista de algunos grabados del *Penny Magazine*. Ha hecho valer los socorros que Franklin, d'Alembert, Simpson, y otros muchos grandes hombres que se han instruido á sí mismos y á quienes su pobreza no permitía la compra de libros, habrían hallado en estos trataditos, hoy diseminados profusamente. No habia necesidad de tantos argumentos; las cifras que ha citado el orador eran la mejor demostracion de su tesis. Hay hoy en Inglaterra una literatura verdaderamente popular, que está al alcance de las fortunas mas modestas, que penetra en todas las cabañas y que hace concurrencia en todas partes á la taberna, y va ayudada de los esfuerzos del ministro y del maestro de escuela.

Es imposible pensar que sean únicamente las clases medias las que comprenden cada semana 350,000 números del *Diario de Londres*, 300,000 de *Illustrated Family Paper*, 200,000 del *Family Herald*; en suma, 1,200,000 números de nuevo *Magazine* á dos sous; 900,000 números de diez y siete periódicos exclusivamente religiosos, y 300,000 números de los periódicos publicados por las sociedades de templanza. Es preciso añadir á estas cifras lo menos 400,000 números de obras que se publican á razon de dos sous la entrega periódica, tales como la *Historia popular de Inglaterra*, de Knight; la *Historia ilustrada de Inglaterra*, el *Curso de educacion* y el *Educador popular de Cassel*. Cerca de tres millones de números se venden cada semana en Inglaterra. Supongamos, lo que es imposible, que cada adquisicion represente un solo lector, ¿no hay derecho á preguntar lo que hubieran leído, hace treinta años, esos tres millones de lectores, aun cuando hubiese sido posible leer algo?

El progreso en este punto es tan elocuente, tan incontestable como posible. Al gobierno, porque estas publicaciones populares pagan al tesoro 200,000 francos al año por derechos sobre el papel que emplean. A los escritores, porque hay tratados de la extension de un artículo de revista cuyo manuscrito ha sido pagado en 100 y 200 libras esterlinas. A las clases populares sobre todo, que encuentran en estas publicaciones de todo género un medio de instruirse y de distraerse, un entretenimiento que retiene al padre de familia en el seno del hogar doméstico. Finalmente, las buenas costumbres han ganado con la desaparicion de publicaciones obscenas é inmorales. De todas las revistas de este género, unas nueve ó diez, que existían en la época en que se fundó el *Penny Magazine*, no subsiste hoy ni una sola; tampoco ninguno de los ridículos almanaques, que infestaban en otros tiempos los campos y las poblaciones de corto vecindario, ha podido sostenerse en concurrencia con el Almanaque de los conocimientos útiles. La experiencia de la Inglaterra, confirmada por la de los Estados Unidos, demuestra que los malos libros son arrojados tarde ó pronto del mercado por las obras instructivas y morales.

### Ceremonia de instalacion de la magistratura.

Después de concluidas las vacaciones el jueves 4 de noviembre celebraron los tribunales su audiencia solemne de instalacion. Los magistrados presentes en Paris antes de comenzar sus tareas durante el nuevo año judicial (1838-1839) pasaron segun costumbre en cuerpo á oír misa en la Santa Capilla, donde oficiaba su eminencia el cardenal arzobispo de Paris. (Véase nuestro dibujo).

Concluida la ceremonia religiosa los consejeros y los miembros del tribunal de Casacion, á cuya cabeza estaban el primer presidente Troplong y el procurador general Dupin, se reunieron en la sala del tribunal supremo, donde tuvo lugar la audiencia solemne con todas las formalidades de costumbre.



El abogado general Raynal y el procurador general Chaix-d'Est-Ange pronunciaron dos discursos adecuados | á la circunstancia. Se procedió á la instalacion de los | cretos, y en seguida se dió por terminada la audiencia | diferentes magistrados nombrados por los últimos de- | solemne.



INSTALACION DE LA MAGISTRATURA. — CELEBRACION DE LA MISA EN LA SANTA CAPILLA.



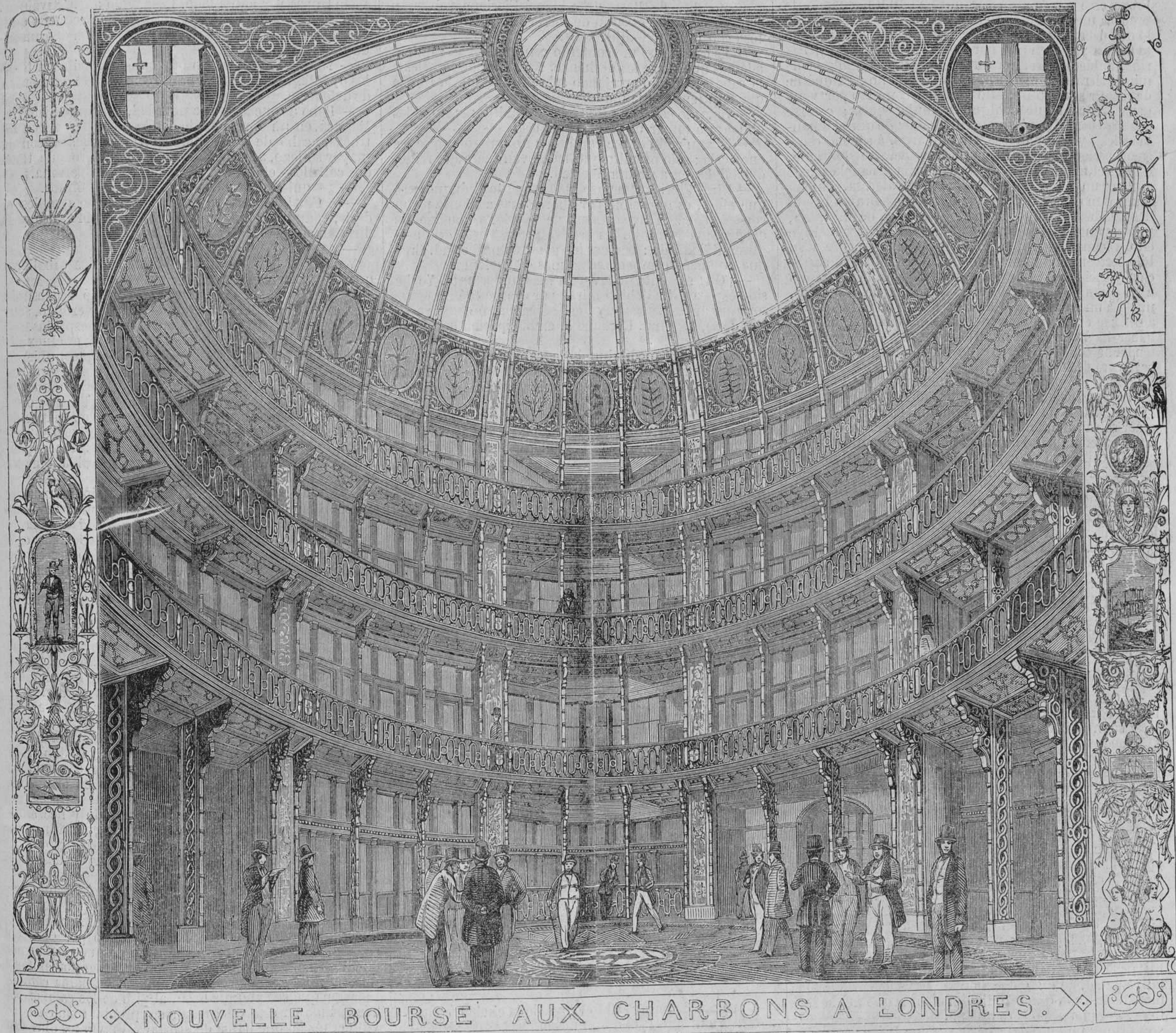
**La Lonja del carbon en Londres.**

A fines de 1849 se inauguró con toda solemnidad en Londres la Lonja del carbon, obra magnífica y admirable, sobre todo en su interior, y que honra sobremanera al arquitecto que la ha construido, M. J. B. Bunning. El dibujo que publicamos nos dispensa de hacer una descripción minuciosa del edificio; pero en cambio vamos a decir por qué razón ha sido construida. — A decir verdad, esta Lonja es un palacio elevado al monopolio. Teniendo en cuenta, dice M. Culloch en su Diccionario de comercio, que el carbon es en un país un objeto de primera necesidad y el más importante de todos los instrumentos de la industria manufacturera, se habría podido suponer que estaría exento de toda especie de contribución, y que se acordarian las mayores facilidades para su transporte de las minas de donde se ex-

trae á las provincias del Mediodía de la Inglaterra y demás lugares donde se necesitara. Pero sucede lo contrario. El comercio del carbon en la Gran Bretaña estuvo sometido durante siglo y medio á los reglamentos más opresivos. Desde una época muy remota la corporación se habia encargado de pesar y de medir el carbon en Londres, y percibia regularmente 8 d. por tonelada por esas dos operaciones.

En 1613 se acordó á la Cité el derecho de levantar este impuesto por una real cédula que ordenaba al mismo tiempo que ningun buque cargado de carbon pudiera descargar sin una autorización del lord corregidor; ahora bien, como los obreros de pesos y medidas no habian recibido por su parte más que 5 d. sobre los 8 cobrados, los 3 restantes habian quedado en la caja de la Cité donde producian cada año una suma de 20,000 libras esterlinas.

Además, el carbon ha pagado en Londres impuestos especiales desde el reinado de Carlos II hasta nuestros días. Estos impuestos, establecidos por primera vez en 1667, despues del gran incendio, para cubrir los gastos de la reconstrucción de las iglesias y otros edificios públicos, se han cobrado siempre y suministran á la corporación los medios de embellecer y sanear la Cité; pero probablemente, añade con mucho razon M. Culloch, la mayor parte de mis lectores pensarán que la primera de todas las mejoras seria la reducción del precio de un objeto de consumo tan importante como el carbon. Por un acto del primer año del reinado de Guillermo IV, relativo á la venta y despacho del carbon en Londres y en Westminster, la Lonja del carbon quedó como privilegio exclusivo de la corporación de Londres, que tiene derecho para extender ó para cambiar los límites del mercado del carbon, de reglamentarle con



NOUVELLE BOURSE AUX CHARBONS A LONDRES.

LA LONJA DEL CARBON EN LONDRES.

leyes particulares y de cobrar un impuesto de 1 d. por tonelada sobre todos los carbones que llegan al puerto de Londres, á fin de poder costear los gastos de embellecimiento y de saneamiento de la Cité, y de poder pagar los sueldos y salarios de todas las funciones y empleos que exige la ejecución de las disposiciones particulares del acto susodicho.

Esta es pues la razón principal que hizo se construyera una Lonja que fué reemplazada despues por la que se ve representada en nuestra lámina. Pero como dice M. Culloch, la primera de todas las mejoras seria rebajar el precio de un objeto de consumo tan importante como el carbon; además, ¿es justo, es racional el hacer pagar el carbon que consumen á todos los habitantes de los numerosos distritos de Londres, 15, 20 y aun 30 por 100 más caro de lo que vale en realidad, para que la Cité pueda en dos ó tres siglos construir una

iglesia ó un puente ó ensanchar una vía de comunicación?

«Tiempo es ya, decía con fundamento un periódico de Londres, de que disfrutemos de los beneficios del libre cambio en el combustible lo mismo que en el trigo; y que la corporación de Londres, que tiene tanto dinero para emplear en frutas, pague ella sola los embellecimientos de la Cité, y cese de cobrar esa contribución vergonzosa que pesa sobre los hogares de los indigentes y de los obreros; gracias á ese impuesto un siervo ruso puede calentarse por la mitad de lo que gasta el obrero libre de Inglaterra.»

En cuanto á la importancia del carbon en la Gran Bretaña, pondremos á continuación estas líneas del Times:

«En ningun tiempo y en ningun país el mercado del combustible ha tenido relaciones más íntimas y

variadas con la prosperidad y la gloria de un pueblo, que en el imperio británico en la época actual. Si el carbon no es el elemento único de nuestra superioridad comercial y política, es al menos uno de sus elementos más esenciales; y si nuestras minas se agotaran, el suceso seria la ruina final y completa de nuestra grandeza; la Inglaterra caería inmediatamente en el rango de una potencia de tercer orden. Su población huiría de sus minas agotadas é inundadas, se apagarían sus hornos, sus ferro-carriles serían inútiles, sus manufacturas quedarían paralizadas... Londres sobre todo no podría existir sin carbon... Al carbon debemos todo lo que somos. Nuestras minas han sido la base fundamental de nuestro poderío y de nuestra gloria, y son para nosotros lo que el Nilo es para el Egipto, lo que las escuelas fueron para Atenas, lo que la política y las armas fueron para Roma.»



Hé ahí un hecho incontestable; el fin del carbon sería el fin de la Inglaterra. Sin embargo, el peligro está muy lejano, pues según los cálculos que se han hecho, las minas inglesas contienen aun mas carbon del que podrá consumir el país desde hoy hasta el 1º de enero del año 2850.

## LA REINA SIN NOMBRE

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

POR DON JUAN EUGENIO HARZENBUSCH.

(Continuación.)

— Sí, Floriana, sí, una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confía en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimular nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por desquite aceptaras mi cariño, hubiera sido ahora una superchería indigna de mí, hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿á qué he de mentir si no lo necesito? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera mujer haría; casarse conmigo por salvar á su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose, sin embargo, á ser fiel esposa, es acción que de tí sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrar si una española puede abrigar un alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los bravos caudillos del Norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio: si no eres mi esposa, el padre y su hijo perecen; el hijo al momento. Contempla tu situación y decide: ó vivir esclava de Teodosinda llorando á tu amante difunto, ó vivir soberana de los godos, unida á un hombre á quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte á un rey y al que pretendía heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya Floriana no le escuchaba: había comprendido que Recesvinto la amaba todavía y que se le mandaba á costa de su amor salvar al amante amado: esta sola idea entraba en su entendimiento ofuscado por la inminente desgracia: lo demás ya no cabía en su juicio, no estaba en disposición de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas á merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único Ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, á Dios.— ¡Padre de los que lloran! exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: ¿es posible que permitais tanta crueldad?

— ¿Posible? Dentro de dos horas á lo mas, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su rey.

— Su rey, su rey; ¿qué falta te hace la corona? dijo la humilde sierva, elevándose por grados hasta tratar con el duque de igual á igual, casi de superior á inferior. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿mejor que lo sería su hijo?

— ¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, ó tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle: sucediéndole yo y queriendo tú, conservarán ambos la vida: si el jefe de la conjuración fuese otro, Recesvinto ya no existiría: la loca pasión que me inspira, le vale. Puesto que soy mas humano que sería otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio: este eres tú: sé mía, porque tan cierto como Dios existe, has de serlo.

Llamas, rayos, brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadía increíble.— ¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya, replicó indignada, que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh! pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas: basta con una palabra mía, que será la expresión de mi voluntad, de mi obligación, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, yo juro que no.

El primer impulso del colérico duque fué acercarse á Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como á sierva: el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto á bajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Floriana, así que se vió sola, corrió á la otra puerta para huir por ella: ¡vano designio! estaba cerrada también.

La estancia en que se veía, tenía una ventana á cada lado: la una daba al campo, la otra á un patio del castillo: ambas estaban provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó á las dos y probó si podía pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces: no acudió ninguno. Froya había mandado que nadie se acercase á las puertas.

Buscó las armas del duque con intención de quitarse la vida; solo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera, cortada por mano de Teodosinda. ¡Ah! gritó desesperada, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos que ahora me pueden servir para tejer un

lazo que termine mi deplorable existencia! Arrancó pues la trenza y fué á la reja interior para atarla á un hierro. Un objeto que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltación frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba á entrar por la puerta que conducía al calabozo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante, que hizo al duque volver la cabeza.

Ya no podía hablar Floriana; no pudo hacer mas que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El duque comprendió que aquella mano era suya: dió contraórden á Sisberto y subió.

Cuando abrió el duque la puerta de su estancia, Floriana se hallaba caída sobre el escalon de la ventana, y asida aun á los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida; sin ellas, la congoja la hubiera ahogado.

— Procura sosegarle, le dijo con piedad el duque; vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.

El nombre de Recesvinto hizo á Floriana volver en todo su acuerdo: cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

— Es que yo no me contento con que vivan: quiero además que no se les deshonor. Nadie ha de tocarles á la cabeza, añadió arrojando sobre un bufete la trenza que aun tenía en la mano.

— Bien, lo concedo: no se les inhabilitará: no se les obligará á tomar un hábito religioso.

— Ni aun con eso me contento: no quiero que se les encarcele: solo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

— Mira, Floriana, repuso blandamente el duque; eso que pides, es imposible por ahora; mas adelante podrá concedérselo. Si me apodero de Flavio, como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio: despues los pondré en libertad. Creo que no pueden imponerse mas condiciones.

— ¡Oh! sí, feita todavía la mas importante. Yo he sido esposa y he debido mirar por el que fué mi esposo; pero antes de ser suya era española, ó como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipación de los españoles.

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oír esta súplica. ¡Pedirme á mí, decía, que iguale á los españoles con los godos, cuando mi odio á Recesvinto ha principiado justamente por eso!

— ¿No quieres á viva fuerza casarte con una mujer de esa casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

— Al cabo, al cabo, prosiguió el duque hablando como consigo propio, los reyes que querían sujetar á los grandes turbulentos, habrán de llamar en su ayuda al pueblo mas pronto ó mas tarde. Pues, Floriana, cuando me haya asegurado en el trono, igualaré á los españoles con los visigodos. En mí es esta determinación mucho mas meritoria que lo fuera en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolición de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipación de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es para mí motivo de retroceder: un rey de los godos debe estar pronto á disputar su vida á cada momento. Esa idea debe ser para tí de consuelo, añadió Froya con inexplicable amargura: los reyes de España duramos poco.

No dejó de hacer impresion á Floriana esta última frase, pero la réplica fué aun mas amarga. Las reinas como yo, dijo, deben durar menos.

Un correo puso término á esta conversacion penosa. El duque, en vista de un aviso que le daban, tenía que salir fuera de la ciudad para verse con algunos coligados. Llamó á unas esclavas y les mandó que no perdiesen de vista á Floriana; pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuese con esto. Una de aquellas siervas instó en particular á Floriana que tomara su ordinario desayuno: no estaba la infeliz libertad en disposición de atravesar un bocado: negóse á probarlo, y la esclava no se atrevió á redoblar sus importunidades por no contravenir á la órden que acababa de darle el duque. Por entonces, Floriana se salvó del veneno que para ella había mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

### VIII.

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron á entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos: dieron la señal convenida á los custodios de las puertas y á los capitanes con quienes debían entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitación sorda á esperar la venida del gobernador, que había de ser aquel mismo día saludado rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habian de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes: al descubrir las desde el castillo, habíanse de tocar los clarines en la ciudad, se había de acudir á las armas y aclamar al monarca nuevo, que sería recibido en triunfo, cuando volviese al frente del cuerpo mas considerable de soldados: tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharía el grueso de la hueste á la ciudad imperial de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defendería, porque sabían de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaría la elección para que fuese válida, y sería el rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recién llegados, que conocían á Teodosinda, se presentaron á saludarla: noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarían en descubrirse á lo lejos, subió acompañada de aquellos jefes á

las almenas del castillo para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes olvían todos la cabeza ya á un lado, ya al otro. Pasaba tiempo y no relucía el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella expectación, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del medio día se vió á un hombre á pié subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos ginetes por el mismo camino.

El hombre que venía á pié era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó á qué había salido y de dónde venía; respondió satisfactoriamente Sisberto que había salido con un encargo del duque y venía de desempeñarlo: no podía decir cuál era por habersele encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la verdad del verdugo. Además había otra pregunta que hacerle, que era la que mas importaba á todos, á saber: si no había visto tropas por aquel lado. Respondió afirmativamente, asegurando que parada detrás de una pequeña eminencia á corta distancia del camino, estaba descansando una legion entera.

— Ya están aquí, ya no hay cuidado, gritaron todos los oyentes á una voz. Habrán recibido de Froya órden de detenerse.

— Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Mas acá, en un ribazo desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero que tenía dos caballos del diestro, al mismo rey en persona.

— ¿A quién dices? exclamaron todos atónitos.

— A Flavio Quindasvinto, al rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venían del Valle del Paraíso, y se dirigían aquí.

— ¿Aquí?

Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

— Ellos son, sí: deben ser, prorrumpió Teodosinda enajenada. Retírate, Sisberto. Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inexplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el rey había pasado algunos días en el Valle del Paraíso; mientras tanto, la conjuración había dado pasos de gigante; Flavio no sabía nada y venía incautamente á ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que había prometido Froya á Floriana, y persistían en la determinación que antes se había tomado, la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar quedó decidido en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano rey, que lentamente se iba encaminando á Segobriga como la indefensa res á la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenía un veneno á punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció á Teodosinda quitarle de en medio aquel embarazo, en designándole el sugeto: una muerte mas ó menos en un día de tumulto era cosa en que no debía repararse. El veneno pues quedó destinado para el rey, y un conjurado se encargó de asesinar á Floriana.

Dejaron los conjurados que el rey entrase en Segobriga y se diese á conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle á recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, todos sus enemigos balbucearon, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda, al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo á pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma antes y despues de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venía cansado y necesitaba reposar; propúsosele que tomara algun alimento antes; dijo que se le dispusiera y lo tomara despues.

— Se dispondrá al momento, le respondió Teodosinda, y dejaron á Flavio en su dormitorio.

Mientras el rey dormía, el mayordomo ó alcaide del alcázar por un lado y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente á la alcoba, abrieron muy quedito la puerta y entráronse, cerrando por dentro, sin que nadie lo percibiera: un rato despues cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba había comunicación que se extendía hasta al piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que había de acortar á Flavio los días de la vida. Un conjurado había de servir la copa, á fin de que solo el rey tomase la bebida mortífera, dándose á los demás que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenía para odiar al rey, y aun recordándolos, temblaba con extraño frío al tiempo de hacer la fatal mixtura; pero dominó su temor, y la hizo.

El rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente á una sala donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba á hablar ni se atrevía á mirarle. Conversó con ella algunos momentos y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya medio día: Froya no había vuelto, pero ya en fin comenzaban á asomar por sendas y caminos en los extremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban á los rayos del sol. Entonces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

— Teodosinda, dijo el rey, yo soy aquí huésped de



tu hermano : hazme tú en su nombre los honores de la mesa, siéntate conmigo. Teodosinda se sentó frente al rey : su pecho latía de una manera desusada, las venas de las sienas parecía que iban á saltársele; el rey estaba sereno, y casi jovial, contra su costumbre. Pagados algunos instantes de silencio, el rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado : el rey la tomó y se la llevó á sus labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el rey, puso la copa en la mesa y dijo á Teodosinda :

— Manda llamar á tu esclava Floriana, y mientras viene te referiré el motivo de haber hecho este viaje.

Teodosinda hizo una seña á un criado para que cumpliera la orden del rey. Este hizo otra á todos los circunstantes, y se desviaron á los extremos de la sala. El rey continuó en voz baja, de manera que solo Teodosinda pudiera oírle :

— Yo he venido á Segobriga para reconciliarme con dos personas : contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas á oír cosas muy raras, y no todas son agradables.

Toda España me conoce desde que soy rey ; tu familia y tú me habeis conocido antes inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga : por espacio de muchos años viví sin rienda : no hay culpa que no haya querido cometer ; he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar á la letra en mi epitafio, que tengo mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad imperial, el santísimo Eugenio (1). Como por un orden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Sí, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra : de nada me aprovecharán entonces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas ni la pompa de mi palacio : solo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡ Dichoso el que, dedicado constantemente á la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra !

Este exordio, cuya última mitad habia sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró á todos los que se hallaban presentes.

— Quiero, prosiguió, bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido, males he hecho, pero he hecho grandes bienes tambien : he sabido lo que han ignorado muchos, he gobernado á España con acierto, con gloria ; por las cualidades de rey pueden perdonarse las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad á mí mismo, no es extraño que sea tambien severo para con los demás, contigo. Oyeme, Teodosinda.

Cuando fuí exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo ; tu hermano fué el que mas trabajó en mi favor entonces ; tu hermano solicitó el enlace : nada podía yo negar á tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio : yo me tomé tiempo á fin de preparar á mi hijo : hombre hecho, no se le podía mandar como á un muchacho. Tú hasta entonces habias sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y altiva ; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron á ojos vistos, tus virtudes desaparecieron del todo. Yo queria que mi hijo me sucediese en el mando : yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca : Teodosinda, esposa de Recesvinto en la condicion privada, no me daba cuidado ; Teodosinda reina, me daba mucho. En esto Recesvinto se habia prendado de Floriana ; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales ; yo tuve que hablar á mi hijo : él, para olvidar su pasión á una mujer cuya mano le estaba vedada, te ofendió la suya y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte ; tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serias reina de España.

(Teodosinda miró á Flavio con los ojos como áscuas).

— Pero yo no doy cuenta á nadie de mis proyectos : los preparo, deo que llegue la ocasion y lo ejecuto. Mi hijo, cuya pasión habia vuelto á embravecerse, me servia sin pensarlo : Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su casamiento ; esto último lo sentí, porque para con muchos próceres debia perjudicarle. Desde entonces, mi hijo, tu hermano y tú habeis estado rodeados de espías. No te estremezcas, Teodosinda : te he dicho que venia á reconciliarme contigo : ahora vas á saber el cómo.

Froya y tú habeis conspirado y conspirais contra mí. No te levantes, mujer, ¿ á dónde quieres ir ? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos : yo soy viejo y estoy cansado de luchas : quiero la paz. Tú sueñas con el poder : tú ansias la grandeza : yo he sido quien ha dado lugar á esos sueños y esa ansia : justo es que yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso á ceder al femenino halago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su esposa : tú, por el contrario, necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver á tus antiguas virtudes, y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo te dió palabra de esposo ; y por el bien del país no debe cumplirla ; ni él quiere, ni yo quiero. Pero tampoco es justo que un rey y un hijo de rey quebranten su palabra, aunque sea

por la salud del estado, sin desagrarar cuanto sea posible á la persona á quien se perjudica. No te casarás con mi hijo ; pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido á casarme contigo.

(La sorpresa, la confusion y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazón de Teodosinda).

— Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te halagan : daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré, antes al contrario, por tu conducto dispensaré yo todas las gracias que pueda. La práctica del bien, voluntaria ó forzosa, te aficionará á él, te hará contraer la costumbre de la virtud : las bendiciones que recibirás te afirmarán en ella. Despues de mi fallecimiento, habrás de entrar, segun se usa, en un monasterio : de esta manera se evita que vuelvas á pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea pues, Teodosinda, renuncia á tus ideas de venganza, y da la mano á tu marido.

— ¿ Sabrá el rey lo que tenemos últimamente dispuesto ? se decia á sí propia Teodosinda. — Imposible : ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo no lo seré. Pero, ¿ es tan dulce vengarse !

— Señor, dijo por fin sin atreverse á tender al rey la mano, ¿ qué hareis de Floriana ?

— No quiero disimular mas tiempo contigo, respondió el rey en voz baja. Floriana volverá á ser esposa de Recesvinto.

— ¡ Su esposa !... exclamó Teodosinda levantandose sin poder contenerse. ¡ Su esposa !

Al levantarse habia alcanzado á ver por el balcon de la sala numerosas huestes que llenaban los campos inmediatos á la ciudad. Ya se oían claramente los instrumentos bélicos : ya cundian dentro de Segobriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos á otros con satisfaccion ; Teodosinda se repuso, y expresando su interior contento, pero haciendo como que se contestaba á la exclamacion de « ¡ su esposa ! » añadió solamente esta breve palabra : — ¡ Bien !

En esto entró Floriana en la estancia : la ira de Teodosinda creció al verla.

— Hija mía, le dijo benignamente el rey, yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes : ha llegado el dia en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora á servirme la copa : cógela, Floriana.

Floriana, aletargada, alelada por la pena, habia venido hasta el salon maquinalmente : ni la presencia del rey allí, ni el tono en que la hablaba, le causaron impresion ninguna : solo sentia, solo comprendia, solo podia pararse su imaginacion en el terrible pensamiento de que iba á ser esposa de Froya.

— Hija mía, prosiguió el rey, hazme tú la salva para que beba. Floriana no le entendió.

— Bebe tú primero, Floriana, bebe en la copa en que va á servirte tu rey, repitió Flavio poniendo á la hija del Valle la copa de oro en la mano.

La celosa Teodosinda, que vió á Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se habia dispuesto : nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival : ningun caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigian. El rey hizo apurar á Floriana toda la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

— Apártate de ahí, hermana, gritó con voz espantosa, apártate de ahí, que nos han vendido.

La mayor parte de los conjurados, no poco aturdidos ya desde que vieron que Flavio no habia bebido el veneno, echó á correr al oír estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos... inmóviles.

(Se continuará.)

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Las últimas carreras de caballos. — Traje adoptado por el Jockey-Club inglés. — Tres sobretodos diferentes para la estación de invierno. — Mi opinion sobre los vestidos de los elegantes parisienses y sobre sus usos y costumbres. — Nuevo tejido llamado « sal y pimienta. » — Elegancia del chinchilla moderno. — Tres trajes elegantes. — Descripción del figurin de este número.

Ahora que se han concluido las últimas carreras de caballos, los elegantes se vuelven á sus casas de campo para no volver hasta enero próximo. Las antiguas costumbres se han cambiado ; en otro tiempo se bailaba despues de Todos Santos ; hoy no se empieza hasta despues de Año nuevo.

Las últimas carreras han estado brillantes, y como hacia un tiempo hermosísimo, se vió en ellas un lujo extraordinario. Entre otras personas de la aristocracia se distinguian la duquesa de Istria, la marquesa de Cadore, la duquesa de Albufera, etc ; tambien habia muchas amazonas. El traje masculino no varia, aunque es verdad que cada cual se viste segun su gusto ó su capricho. En Inglaterra el traje para estas solemnidades es obligatorio ; el Jockey-Club de Newmarket lleva desde su fundacion un uniforme especial : es un frac algo parecido al francés, si bien no tiene los faldones redondeados por delante. Se llama un Newmarket ; su color es aceitunado, y los botones tienen la cifra J-C. Jockey-Club.

Hablemos un poco de las modas nuevas. Se supone que el Cometa ha anunciado frios excesivos para este invierno, y que en su consecuencia los fabricantes han dado á luz tejidos muy gruesos y confortables. Sin embargo, no se llevan como en los años anteriores aquellas grandes esclavinas forradas de pieles. Se desean prendas de menos vuelo, y se prefiere á

las pieles, que son siempre pesadas, un buen forro de seda algodonada, con solapas y cuello de terciopelo.

Tres clases de paletós habrá este invierno. El paletó dorsay que es casi justo ; el paletó saco para la salida del teatro, y en fin, el sobretodo á la inglesa ó con tres costuras, que dibuja ligeramente los contornos del cuerpo. Todos ellos se abotonan derechos sobre el delantero, y se forran de seda ó de seda y lana. No llevan mas que una cartera por delante para ocultar los dos ó tres botones ; otros se cierran naturalmente de lado, pues el cruzado que forman es siempre grande.

Veo que doy detalles y empleo expresiones técnicas, á riesgo de que me pregunten si soy sastre.

Pero á esto responderé que no lo soy, sino que trato de indagar cuáles son las modas elegantes para comunicárselas á mis lectores.

Sin embargo, á pesar de la buena voluntad que me anima para extasiarme ante los modelos que se dan á luz, insisto en creer que los hombres se visten de un modo horrible en el dia. A nosotras nos critican nuestra crinolina y nuestros caprichos de lujo, pero á la verdad antes debemos consentir en la ruina de nuestros maridos, que en presentarnos como ellos vestidas de una manera grotesca. El traje de un extranjero rico me parece preferible al de un elegante parisiense. Convento en que el extranjero es un poco original ; pero tiene cierto aire aristocrático de que carece el dandy parisiense, que se empeña en vestirse como un mozo de cuadra. El tipo del verdadero elegante consiste en vestirse mal, en jurar, fumar y afectar un gran desprecio á las mujeres.

Para dar aquí una idea del gusto actual diré que los pantalones á la moda, así como los paletós que mas se llevan, se hacen de un tejido tan tosco como el paño que se gasta en las montañas de la Saboya. Este tejido mas que vulgar y por supuesto de imitacion inglesa se llama « sal y pimienta, » y no hay que reirse, pues hablo seriamente. Los hombres serios y razonables se contentan con el chinchilla, tejido abrigado y ligero cuyo grueso se ha disminuido mucho ; este nuevo chinchilla se forra de seda.

Independientemente de nuestro figurin de modas, que aconsejo se consulte atentamente, voy á enumerar á continuacion tres trajes distintos de la temporada.

El primero para visitas se compone de un frac negro que deja á descubierto un bonito chaleco de piqué blanco y una pechera bordada. Los faldones del frac tienen un largo ordinario ; las mangas son muy anchas por arriba y estrechas por abajo con forro de seda blanca que llega hasta el borde. Pantalón negro de satén, de anchura regular, redondo sobre la bota y sin trabillas. Corbata blanca y guantes de color de paja.

El segundo, que es para paseo, se compone de una levita de edredon bronceado, cerrada sobre el delantero por una doble hilera de cinco botones. El ancho y los delanteros llevan un hermoso terciopelo rayado del mismo color de la prenda ; pantalón gris con bandas á los lados, chaleco de fantasia, de terciopelo real azul y negro, corbata azul y guantes color gris.

El tercero, tambien para paseo, consiste en un sobretodo dorsay de chinchilla gris mezclilla. El interior de este paletó va forrado de seda. Chaleco de cachemira, género de fantasia. Corbata color de castaña ; pantalón mezclilla verde y negra, ancho de piernas y sin trabillas.

Ahora pasemos á nuestro figurin :

El primer personaje lleva un paletó propio para el otoño y el invierno. Esta jaqueta (único nombre que puede darse á esa prenda que no es ni sobretodo ni paletó) es de terciopelo de lana mezclilla, con un cuello cubierto de terciopelo negro y mangas sin bocamangas.

Chaleco mezclilla rayado, de chal subido y de un largo ordinario por abajo.

Pantalón de la misma tela, de corte moderno, es decir, ancho por arriba y estrecho por abajo, caido naturalmente sobre el botito y sin trabillas.

Los vestidos para niños son siempre difíciles, á menos de no consagrarse á esa especialidad ; nosotros tratamos de dar siempre en nuestros figurines trajes verdaderos, no de pura invencion, como hacen otros ; trajes sencillos, pero que pueden exornarse con ribetes bonitos, con algunas pasamanerías, y sobre todo eligiendo telas de aspecto vistoso. Esto en lo tocante á los trajes juveniles.

Aquí nuestro jóven no se halla ya en estado de llevar esas coqueterías refinadas que se prodigan en las vestiduras de los niños de tres á siete años, y aunque apenas tiene el doble de esta última edad lleva ya el traje de los hombres hechos. Consiste su traje en un pequeño paletó saco de satén ligero mezclilla, forrado de seda por dentro ; corto y con las mangas anchas se puede abotonar si se quiere con los cuatro botones.

Chaleco gris de puntitos de cachemira, género francés con chal subido, largo y abierto por abajo.

Pantalón gris mastic, ancho de muslos y estrecho por abajo.

Hé aquí ahora un jóven de unos treinta años con traje de calle. Lleva una capita española de paño color de castaña, forrada de franela ligera ó de seda, y con el cuello cubierto de terciopelo.

La última figura ofrece por detrás el corte de lo que caracteriza generalmente la prenda de por la mañana, es decir, el dorsay cerrado ; el dorsay abierto tiene el talle menos largo. El pagado de esta prenda se hace á doble pespunte largo hasta abajo ; por consiguiente no lleva pliegues por detrás ni bolsillos. Estos se ponen en el delantero con la abertura al través ó á lo largo. Las mangas muy anchas y sin bocamangas. Chaleco adecuado al traje ; pantalón de grueso tricot, ancho de piernas.

Estos son los trajes que al parecer tendrán mas boga este invierno, á menos que no nos venga de Londres alguna nueva forma de sobretodo, en cuyo caso informaremos á nuestros lectores.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

(1) En efecto, estas y las expresiones con que termina el párrafo se hallan en el epitafio del monarca, entre las obras de San Eugenio.

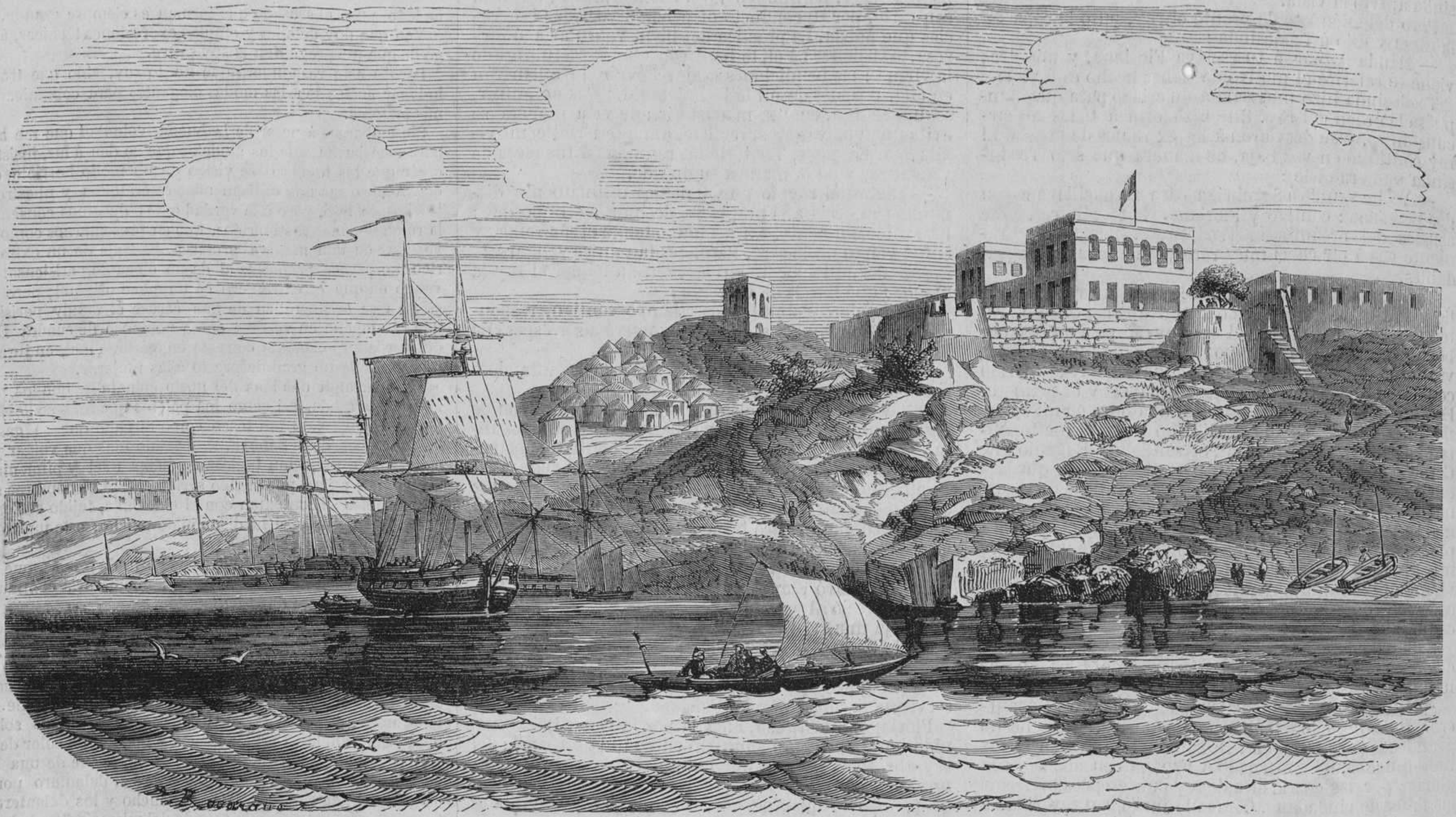


**Bakel (Senegal).**

Bakel es el puerto militar mas bonito que hay en el rio como fuerte y como construccion; situado en el Guoy ó Gadiaga á 210 leguas de San Luis, fué levantado en 1820 sobre un cerro pedregoso de la orilla izquierda

del Senegal; cabeza de partido de las posesiones francesas de lo alto del rio, bien fortificado y rodeado de tres torres (del monte de los Monos, Jorris y del Norte), y centro del comercio de las poblaciones próximas, se comercia allí con la goma, los cueros, los bueyes y la manteca. — Su poblacion es de 3,000 almas.

Bakel es hoy el refugio de los desgraciados negros de lo alto del país, perseguidos por el profeta Al-Kadji, y no saben que partido tomar. Este es un año terrible; por todas partes falta el mijo, y por consiguiente reina el hambre. La poblacion de Medina se ha guarecido en los montes á fin de poder alimentarse. G.



PUESTO DE BAKEL EN LA RIBERA DE LOS MOROS DUAICH (SENEGAL).

**La Bretaña.**

Publicamos hoy el dibujo de una estatua de la Bre-



LA BRETÑA, estatua ejecutada por M. L. Durand para la ciudad de Saint-Brieuc.

taña ofreciendo coronas á Napoleon III, improvisada en algunos dias, y que figuraba en las fiestas que la ciudad de Saint-Brieuc ofreció á SS. MM. II. cuando su viaje por la Bretaña.

Nuestro grabado nos dispensa de hacer una larga descripción de esta figura. Todos aquellos que comprenden el arte, observarán desde luego que no es una obra ordinaria, sobre todo si se toman en cuenta las condiciones en que se ejecutó, y cuánto difiere de las obras de decoración que salen á luz en tales casos.

Su autor M. L. Durand ha manifestado en ella un gran carácter, un gusto muy original, y sin embargo, exenta de amaneramiento y excentricidad; esa obra, concebida y ejecutada en pocos dias, tiene estilo, sello principal de toda obra de mérito. Seria de desear que esa figura se ejecutara en mármol, en piedra ó en bronce, pues sin duda es acreedora á ello bajo muchos conceptos. La estatua de M. Durand es en sí muy recomendable; su autor es un hijo de la antigua Armorica, y tiene dadas ya muchas pruebas de talento; por otra parte la Bretaña no es rica en monumentos de la escultura contemporánea.

M. Durand ha querido ostentarse original en una concepcion que debia tener un carácter tradicional. Esa figura, robusta y viril, de cabeza leonina y serena al mismo tiempo, la serenidad de la conciencia y de la fuerza, en su postura sencilla y heroica, con sus ropajes de un gran estilo y su cota de malla, personifica muy bien la antigua Bretaña en sus virtudes guerreras, cívicas y religiosas. Esa es la Bretaña de los druidas, de Dugesclín y de la duquesa Ana.

Si no estamos mal informados, la obra de M. L. Durand llamó la atención de SS. MM.; esta circunstancia hará quizá que se realice el deseo que dejamos manifestado.

**Inauguración de la estatua del rey Grallon.**

Leemos en el *Imparcial de Finistere*: El restablecimiento de la estatua del rey Grallon entre las dos torres de la iglesia catedral de Quimper era un gran acontecimiento para nuestra ciudad. El rey Grallon fué uno de los primeros príncipes de la Cornouaille, cuya capital

era Quimper; fué el fundador de su iglesia catedral; fué el protector de los primeros monasterios instituidos en ese país por los emigrados bretones, y fué tambien uno de los héroes de la nacion. Arturo, el célebre Arturo, no fué mas que un émulo de su gloria proclamada por los antiguos bardos, entre los cuales se distinguió igualmente por sus talentos en la poesía y en la música. Los bardos le prometieron la inmortalidad, y esa predicción parecia realizarse cuando al cabo de catorce siglos los habitantes de los pequeños estados de Cornouaille acudían á celebrar sus alabanzas á los pies de la estatua restaurada sobre el mismo pedestal en que el obispo Bertran de Rosmadec colocó esa imágen en el siglo XV.



RESTABLECIMIENTO DE LA ESTATUA DEL REY GRALLON EN LA CATEDRAL DE QUIMPER.